

Andrés Caicedo

libro al
viento

VACÍO

Y OTROS CUENTOS

Selección y presentación
de Sandro Romero Rey





Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Catalina Valencia Tobón

Directora General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Mauricio Galeano Vargas

Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba García

Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero

Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Mo-

lina, María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga,

Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, noviembre de 2021

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Herederos de Andrés Caicedo

© Sandro Romero Rey, por la presentación
Fredy Ordóñez, edición

Camila Cardeñosa, diseño de la colección
Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de
la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán,

Diseño y diagramación

Paula A. Gutiérrez R., imagen de cubierta y
páginas 149 y 156.

ISBN: 978-628-7531-24-6

Buenos y Creativos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Marzo de 2022

Impreso en Colombia

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

VACÍO

Y OTROS CUENTOS

7

PRESENTACIÓN

Sandro Romero Rey

15

VACÍO

19

BEJACALLES

29

ANGELITA Y MIGUEL ÁNGEL

95

EL TIEMPO DE LA CIÉNAGA

121

MATERNIDAD

733
LOS MENSAJEROS

743
DESTINIOS FATALES

749
EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

PRESENTACIÓN

Sandro Romero Rey

UNA CADENA DE COINCIDENCIAS ATRAVIESA LA OBRA literaria de Andrés Caicedo (Cali, 1951-1977), quien, en sus veinticinco años, escribió relatos, novelas, obras de teatro, guiones y una inmensa cantidad de textos sobre cine. Según un cálculo generalizado, Caicedo comenzó a escribir, de manera sistemática, en 1966. Es decir, cuando tenía quince años. En diez años trabajaría un promedio de cuarenta y cuatro relatos breves, sin contar las distintas revisiones que haría de muchos de ellos. En vida, se publicaron algunas narraciones en diarios y revistas locales. En 1975 se editó su extenso relato titulado *El atravesado* y, en el año de su muerte, apareció la novela *¡Que viva la música!*, quizás el texto que le ha dado mayor reconocimiento (hasta el momento, sus ediciones se multiplican y se ha traducido a seis idiomas).

Dichas “coincidencias” no son más que urgencias en la búsqueda de una voz interior que ahora lo identifica, donde los

personajes van y vienen de una narración a otra, como si habitasen un solo castillo de traviesos espectros. ¿Cómo se ha organizado la divulgación de sus cuentos a lo largo del tiempo? En 1984 se publicó una antología compuesta por trece relatos (titulados “Calicalabozo”), tres historias conocidas como “Angelitos empantanados o historias para jovencitos” y una novela denominada *Noche sin fortuna*. A lo largo de los años han aparecido distintas selecciones con dispositivos dispersos hasta que, en 2021, la editorial Seix Barral reunió las narraciones breves de Andrés Caicedo recogidas bajo el título *Todos los cuentos*. Se calcula que la publicación de sus obras completas, tras más de cuarenta años de espera, estará compuesta por nueve gruesos tomos.

Para el presente volumen el dispositivo ha sido hartamente diferente. Como se trataba de hacer una selección de los temas de Caicedo, se escogieron siete relatos que dan cuenta de las facetas más representativas de su universo. En primer término, el relato denominado “Vacío”, escrito en 1969 y donde aparecen, por primera vez, los personajes de Angelita y Miguel Ángel. Ese mismo año, es muy probable que Caicedo haya encontrado su voz, a juzgar por la cantidad considerable de relatos y de textos para el cine que salieron de su frenética máquina de escribir. Ese año escribió “Besacalles”, desconcertante y divertido personaje de las calles nocturnas de Cali, del

cual no revelaremos su secreto, sino que invitamos al lector para que se acerque a su desopilante y desgraciada condena.

La dupla siguiente forma parte de la colección denominada “Angelitos empantanados o historias para jovencitos”. El segundo de los relatos que lo componen se llama “Angelita y Miguel Ángel”, punto de partida de la única película que realizó Andrés Caicedo, en 1971, junto con el director de cine Carlos Mayolo. El cortometraje nunca se terminó, pero buena parte de sus imágenes fueron recuperadas por Luis Ospina en el documental denominado *Andrés Caicedo: unos pocos buenos amigos*. Aquí, volvemos a los personajes “fundacionales” de “Vacío” y conoceremos a nuevos habitantes que poblarán los escritos futuros de su autor. Acto seguido, el lector se encontrará con “El tiempo de la ciénaga”, monólogo interior (casi todos los relatos de Caicedo son escritos en primera persona) que cierra la gesta de los angelitos, donde “los niños bien” se fusionan con personajes populares y las consecuencias serán, por decir lo menos, nefastas. Cabe recordar que “El tiempo de la ciénaga” ganó el III Concurso Nacional de Cuento convocado por la Universidad Externado de Colombia. Caicedo tenía 21 años.

Se incluye a continuación “Maternidad”, relato que el autor consideraba “su obra maestra”. Toda una colección de contrastes en los que, una vez más, unos jovencitos se hunden en los

desastres cotidianos, víctimas de los excesos, la banalidad y la podredumbre. Este cuento se publicó en la citada edición de *El atravesado*, la cual se hizo en Cali en 1975.

De nuevo, del año 1969, se publica otro de los grandes tesoros de su producción: se trata del relato utópico denominado “Los mensajeros”, en el que una vieja estrella del cine recuerda los tiempos en los que Cali era la meca universal de “el séptimo arte”. Una evocación nostálgica y poética, escrita muchos años antes de que se hablase de “Caliwood”, o antes de que la capital del Valle del Cauca comenzara a convertirse en un entusiasta hervidero de creadores audiovisuales. No hay referencias comprobables de que el presente relato hubiese sido publicado antes de 1984. Apareció entre papeles póstumos que, durante años, han sido organizados para que la obra de Caicedo sea leída como un conjunto coherente de obsesiones complementarias, tanto en el teatro, como en el cine, junto con sus cuentos y novelas.

Para terminar, la fusión entre cine y literatura se encuentra en la revista que Andrés Caicedo fundase en 1974, la cual denominó *Ojo al Cine*. Esta aventura editorial nació como un folleto en el cual su autor combinaba la crítica de cine (bastante “ficcionalizada”, para gloria de las letras), con las historias de ficciones delirantes. De allí sale esta serie de tres pequeñas fábulas denominadas “Destinitos fatales”, cuyo título

es una parodia de la traducción al español de la película *Tales of Terror*, la cual se conoció en nuestro entorno como *Destino fatal*. El horror y el humor se toman de la mano para darle paso a otra de las facetas en las cuales Caicedo fue inocente pionero: lo que, en el nuevo milenio, se ha denominado “el gótico tropical” y de donde han salido grandes ejemplos como las películas *Pura sangre* de Luis Ospina, *Carne de tu carne* y *La mansión de Araucaíma* de Carlos Mayolo, *Yo soy otro* de Óscar Campo o *Balada para niños muertos* de Jorge Navas.

Los años han pasado y Andrés Caicedo es un clásico de las letras colombianas del siglo xx. Su obra se identifica por su fascinación con los temas del terror. Pero, al mismo tiempo, por el amor frenético hacia su ciudad, su conocimiento profundo del cine y su pasión desbordada por el rock (los Rolling Stones) y la salsa (Ricardo Ray y Bobby Cruz). Así mismo, es esencial encontrar la dimensión profunda de cómo “los jovencitos” de sus narraciones son héroes más allá de la banalidad. En sus historias, el sueño del aburrimiento produce monstruos y, poco a poco, lo que en apariencia parecía un sencillo acto cotidiano (una llamada telefónica, una caminata vespertina, el viento de la placidez) termina convirtiéndose en la aventura siniestra de alguna experiencia temible, hija lejana de Edgar Allan Poe o de H. P. Lovecraft, dos de sus autores favoritos.

Bienvenidos al mundo de Andrés Caicedo. A quienes ya lo conocen, les proponemos aquí una nueva manera de acercarse a su gesta. A quienes van a leerlo por primera vez, los envidiamos.

Andrés Caicedo

VACÍO

Y OTROS CUENTOS

Selección y presentación
de Sandro Romero Rey



VACÍO

A LO MEJOR NO HE DEBIDO ESTARME TANTO TIEMPO en la casa de Angelita, porque cuando salí todo estaba vacío. Casi que me vuelvo para atrás. Voltié la cara y ella me estaba diciendo adiós desde la ventana. Por primera vez estuvimos juntos más de una hora. Nos amamos por primera vez. Ella me dijo adiós desde la ventana.

Yo no podía regresar. Yo tenía que irme. Le sonreí a su cara que salía por la ventana y empecé a caminar toc toc toc por el pavimento resquebrajado. Me había metido las manos a los bolsillos. Recorrí muy despacio su calle, los sauces que crecen a lado y lado, y la iluminación de mercurio, todo eso vacío. No podía regresar, sus papás no demoraban en llegar, y quién sabe si con un hermano. Yo no quiero morir tan joven. Vacía la esquina de la casa de Angelita. Y la luna llena. Esa luna llena que se está llenando desde hace cuatro días y hoy es cuando está más llena. Hoy es la noche del peligro, mano.

Vacío Sears. Cuando pasé por allí, no estaban ni siquiera los vigilantes que cargan escopeta y que le tiran de una al primero que venga a robarle algo a lo que los gringos tienen en Sears. Vacía toda la Avenida Estación pero yo cerré bien los puños dentro de los bolsillos y caminé por la mitad de la calle, echando ojo a cada sombra, a cada casa, a cada raya. Cuando paso por aquí de día y todo eso, siempre pienso en Angelita. Desde la Avenida Estación se ve su casa, la parte de atrás de su casa. Y cuando paso por aquí de día y hay sol y todo eso y la gente que pulula, pienso por qué no ir donde Angelita, tocar a la puerta, preguntar por ella, por qué no, qué tiene eso de malo, pasé por detrás de su casa y pensé en ella. Me la imaginé ya casi dormida, abrazando una de las almohadas pensando en mí, pensando en mañana cuando se levantara y me llamara por teléfono y yo le contestara, todo eso, contarle que cuando salí de su casa la calle estaba vacía y que me había dado miedo al principio pero después no, por algo es uno alumno de sexto del colegio San Juan Berchmans. Desde donde yo estaba mirando se veían la ventana de sus papás y la del cuarto de las mantecas y las cortinas de la sala. Me hubiera gustado treparme al techo, caminar hasta su cuarto y despertarla de un beso en la mejilla, juntarle mi cara, respirarle en las orejas, preguntarle por mí, que si me ha pensado mucho. Me hubiera gustado eso.

Tal vez si no hubiera salido tan tarde de su casa, no me hubiera encontrado esta calle tan vacía. Caminé despacio hasta Deiri Frost. Vacío Deiri Frost allí donde uno se aparece cualquier día y se encuentra con los muchachos, con Pedro y con Pablo y Chucho y Jacinto y José, toda la gente, y eso es que le preguntan a uno que para dónde va y uno contesta para ver adónde es que lo invitan, y allí de una le plantean onda con cualquier par de hembras, cosas así, cualquier día. Pero de día. Ahora el Deiri Frost estaba vacío. Me arrimé bien a los vidrios para ver si veía al gringo que prepara los helados, pero nada. Todo vacío. Si me encontrara con alguien, por qué no. Con tantos amigos que tiene uno en Cali, por qué no. Me senté un rato en el muro del Deiri Frost esperando a que pasara alguien conocido. Han debido pasar como veinte minutos y no pasó nadie. Ni siquiera un taxi. Nada, y esa luna llena... Me paré del muro y caminé hacia arriba, por la Avenida Sexta hasta que llegara a mi casa. Vacía la fuente, vacía la Bomba, vacío Oasis, allí donde yo conocí a Angelita.

BESACALLES

ENTONCES CORRO HACIA LA ESQUINA, Y SI HAY VERJA por alguna parte, apoyo un pie en ella y me pongo una mano en la cintura, acomodando bien la cartera con la otra mano, y así los espero. Cuando pasan frente a mí, aguardo a que me miren con interés para lanzarles la sonrisa. Después de todo eso, alcanzan a dar dos pasos, máximo tres. Allí es cuando se deciden. Voltean primero la cara; después se me acercan muy lentamente. Entonces pueden decir qué horas tiene mamita o qué más hermana o pa' dónde va hija. Allí yo me hago la poco interesada y los miro como de reajo, sí, como de reajo, y me alejo caminando ni muy despacio ni muy rápido. Si el muchacho es tímido, pues dará la espalda muy avergonzado; en ese caso yo me vuelvo, y medio le grito qué, ¿se va ya? Él se asombra mucho ahora y sonrío y puede decir eso depende de usted, ¿no? Pero si es entrador el muchacho, cuando yo me haya alejado un poco, él no perderá aún las esperanzas y

se pondrá a seguirme a una distancia de diez metros o diez pasos, pero eso sí, acercándose cada vez más. Cuando ya estemos cerca del río, volteo la cabeza de vez en cuando como para darle ánimos en caso de que sea necesario, y ya en una parte bien oscura y bien sola doy media vuelta y me le acerco y le digo muy lentamente qué es lo que usted sestá creyendo joven. Aquí siempre se producen reacciones interesantes: algunas veces, cuando son groseros, responden y usted, qué es lo que también está pensando; otras veces, cuando realmente no saben qué decir: bueno, es que yo quería que conversáramos, ¿sabe? De todas maneras, lo que importa es que a estas alturas ya estamos muy cerca, y yo solamente espero a que él acabe de explicarse para mandarle la mano con mucho estilo; pero al mismo tiempo estoy mirando hacia todas partes, ¡y casi nunca viene nadie y no se ve nada de lo oscuro! No se ve pasar un alma, y a dos metros de nosotros comienza el río.

Pero hay días en los que las cosas no suceden tan bien que digamos, pues por más que camino por las calles de Cali no encuentro a ningún muchacho disponible. O en el peor de los casos me encuentro con ese pecoso que no me puede ver sin dejar de gritarme cosas. La otra vez que yo estaba en el paradero del bus Azul con dos pollitos de lo más queridos, pasó al lado y al verme sonrió con esa maldad suya y se quedó a esperar el bus allí, al lado de nosotros, sólo para hacerme

sufrir, lo sé. Un día de estos voy a tener que hablarle, decirle que por favor me deje tranquila, que yo nunca le he hecho nada malo. Y si no me hace caso pues tocará comenzar a pensar en un modo más efectivo de quitármelo de encima. Sí, porque mi vida ya está lo suficientemente organizada como para que venga ese muchacho pecoso a estropear todo lo que ya he alcanzado.

Aun así, hay noches en las cuales todo me sale a las mil maravillas: puedo llevar hasta cinco muchachos al río, y quien quita que entre esos haya uno que comprenda todo de la mejor manera, como uno del viernes pasado, que quiso terminar las cosas como Dios manda. El problema se arma cuando piensan que algo está funcionando mal, porque a pesar de todo yo no puedo perfeccionar hasta el más ínfimo detalle, entonces se ponen impertinentes y groseros, de modo que tengo que enojarme de veras, vayan a comer mierda, a ninguna mujer le puede gustar que un hombre quiera hacerle el amor de esa forma tan burda, y me paro arreglándome el vestido. Aquí es cuando ellos balbucean y dicen cosas pidiendo perdón, no mamita, no se vaya que mire que ni siquiera hemos empezado, comprenda, nada más mire en el estado que me deja, ¿ah? Pero yo me voy caminando como si nada, de lo más campante, y si me los encuentro mañana u otro día, pues no los saludo, me hago la loca y listo.

El muchacho pecoso que les digo estudia en el Conservatorio y tiene un pelo y unos ojos muy bonitos. Yo lo conocí por intermedio de un amigo suyo a quien la otra vez también me lo llevé pal río.

Donde se consiguen más muchachos es por los lados del Latino, a eso de las ocho de la noche, sábados y domingos. Pero hay que tener cuidado porque a lo mejor me encuentro con Frank y con toda su gallada y otra vez me obligan a pegar pal río, y si no me dejo de todos, allí mismo me cortan hasta que no quede nada de mi cara y le cuentan a mi hermano que yo estoy metida de buscar pollos por todas las calles de Cali, y para qué decirnos mentiras: yo sé que mi hermano sí me mata. Pero no creo que al muchacho pecoso haya que tenerle miedo porque nunca anda en barra, siempre que me lo encuentro va solo, así que no hay peligro. Como ya dije, lo conocí por intermedio de un amigo suyo y desde esa noche me gustó cantidades y comencé a seguirlo siempre que salía del Conservatorio, pero nunca pude acercármele porque siempre había mucha gente alrededor. Hasta que una noche me lo encontré de frente, sin querer, por los lados de La Gruta, y a pesar de la cantidad de gente que pasaba le dije quiubo y él me dijo vé, quiubo, entonces me embollé toda pues no sabía qué hablarle, hasta que le solté pa dónde vas y él me contestó pa cine, y le pregunté de una ¿no me invita? Me gustaría,

hermana, pero ya una pelada mestá esperando. ¡Ah! dije yo, tragando saliva; bueno, chao pues, y comencé a irme hasta que él me dijo pero si querés nos encontramos mañana, vos verás. ¿Mañana? Bueno, a qué horas, pregunté, arrepintiéndome después porque no me hubiera gustado parecer tan interesada, ¿no? Pero él me respondió de una a las nueve de la noche al frente del Club de Tennis, por aquí mismo, por la Avenida Colombia, ¿okey? Okey, le respondí yo, y allí mismito le di la espalda, como para que viera que a mí también me estaba esperando una persona. Pero la verdad fue que me puse a seguirlo hasta el teatro, y allí vi que era mentira lo de la pelada que estaba esperando, porque entró solo a cine. A lo mejor es que no tenía plata para invitarme, quién sabe. Hombre, pero no era sino decirme y yo hubiera pagado la boleta, yo no sé por qué es que ponen tanto problema.

Llegué a Cali cuando tenía once años. Mi papá consiguió un empleo en una agencia de repuestos Ford, y allí duró siete años hasta que se murió de tuberculosis. Mi hermano montó después un negocito de verduras y de granos para que lo administráramos mi mamá y yo. Pero desde allí todo comenzó a irme mal, porque al rato comprendieron que yo salía los sábados era a buscar muchachos, de modo que si te encontramos en esas, palabra que te matamos, y yo sabía que si me encontraban cumplían la amenaza. Entonces conocí a Frank,

y él fue el que me convenció para que entrara a su gallada, y que me volara de la casa y todo eso para que pudiera batir a la gente día y noche. Pasábamos muy bien al principio; yo creía que Frank me tenía cariño porque cada vez que iban a hacer una cagada me invitaban a mí de las primeras, y cuando le quemaron la tienda a Morales dejaron que yo tirara la primera molotov de las que hacía El Merrengue. Pero a mí las cosas nunca me han durado lo suficiente, y en esa ocasión se terminaron cuando hicimos aquel paseo al Pance. Los muchachos estaban muy contentos porque habían sacado a esa gallada que quería apoderarse del charco. Los hicieron correr y aún corriendo les daban madera, y creo que hasta dejaron a uno medio muerto, yo vi cómo lo cargaban en los hombros, gritando que los dejaran ya tranquilos, miren que tenemos un muchacho herido; pero los muchachos de Frank siempre han sido tesos, de eso no cabe la menor duda, y no dejaron de masetiarlos hasta que desaparecieron por esa portada que quedaba debajo de los palos de mangos. Palabra que yo nunca los había visto tan felices, saltando y haciendo piruetas y proclamando que ellos eran la mejor gallada del mundo, y al que no le gustó pues que salte, pero quién iba a saltar si todo el mundo en Cali les tenía era terror, físico miedo. Entonces Julián, uno de los más cagadas dijo pero qué estamos esperando, si tenemos aquí hembritas, y él que

dice eso y Marta, la otra pelada de la barra, que sale hecha un tiro, pero la agarraron a los veinte pasos, y los doce se le fueron encima sin dejarla siquiera decir ni pío. Marta era de ojos verdes y muy bonita, me parece que ya no está viviendo en Cali, que los papás tuvieron que mandarla para Estados Unidos. Y como era tan bonita a mí también me comenzaron a entrar ganas como de hacerle algo a mi manera, y así dije, que también me dieran chico, entonces todos voltearon a mirarme, y creo que el acuerdo fue mutuo porque al momentico se me tiraron sin dejarme siquiera levantar del pasto. Después yo no veía sino a Marta que se arreglaba la ropa y se limpiaba los mocos, y a ellos que después de acabar conmigo se habían echado de espaldas en el verde prado. Se tiraron por última vez al río y arreglaron todas sus cosas. Después le dieron la mano a Marta para que se parara, y muy amables y todo les dio por consolarla, tranquila hija, toda pelada que quiera estar en la gallada, tiene que ser bien chévere, vos sabés; y ella sonrió y dijo sí, claro, pero es que con tantos me duele, hombre. El dolor pasa, le dijeron, y no se habló más; se comenzaron a ir sin voltear a verme, y yo creí que era que se habían olvidado de mí o cualquier cosa, por eso tuve que gritarles y correr detrás de ellos para que no me dejaran allí sola, y sobre todo ahora que estaba anocheciendo...

Estuve allí, al frente del Club de Tennis como a las ocho y media, y a decir verdad desperdicié bastantes oportunidades, porque más de cuatro muchachos pasaron mirándome, pero a mí esa noche solamente me importaba el muchacho pecoso, y lo esperé hasta las diez y media pero no vino. Pasó una larguísima semana antes de que volviera a encontrarlo, no bastó que todas las noches lo esperara a la salida del Conservatorio, con todo el mundo mirándome y comentando; parece que le habían cambiado los horarios o se había salido. La noche que lo encontré por fin, salía por primera vez con mucha gente, por eso me escondí detrás de los árboles de la esquina, pero creo que él ya me había visto, porque al cruzar la esquina me dijo quiubo hermana. Qué hubo le dije yo, y ya estaba rodeada por todos sus amigos, hasta que él dijo bueno jóvenes, aquí me quedo yo. Ellos se fueron después de despedirse entre risas y él se quedó mirándome y me dijo qué más hermana poniéndome su brazo en el hombro. Adónde vamos, dijo. Vamos a dar una vuelta por allí, le respondí. Caminamos sin conversar hasta que llegamos a la orilla del río Cali, y allí fue donde me besó por primera vez, y yo tuve que atajarlo para que no fuera tan rápido porque podía venir gente, ¿no? Cómo que rápido, si antes es que nos estamos demorando mucho, y diciendo eso me besaba en la nuca y este era el momento que había esperado y comencé a

acariciarle el estómago como yo únicamente lo sé hacer. No sé cómo hizo, pero allí mismo me metió una zancadilla del tamaño de Cali, y fui a dar al suelo de lo más feo y ya lo tenía encima, y todo eso sin ver si venía gente. Pero yo no quise pensar en nada, pues todo iba muy bien y muy rico hasta que él metió la mano debajo de mi falda sin que yo pudiera evitarlo. Entonces quedó paralizado. Pero antes de que yo reaccionara me levantó agarrándome de los hombros y me arrancó la blusa y sacó los papeles y los algodones gritando que su vida era la vida más puta de todas las vidas, y dándome patadas en los testículos y en la cabeza hasta que se cansó. Cuando se fue, no sé si estaba llorando o se estaba riendo a carcajadas.

Como ya dije, mi vida está ya lo suficientemente organizada para que venga él a estropearlo todo, sobre todo que me lo encuentre a cada rato por las calles de Cali, pero lo bueno es que siempre anda solo, por eso el asunto puede remediarse relativamente fácil. Y si no puedo, pues tocará ir pensando en pegar pa Medellín o para Bogotá o a Pereira, inclusive, pues en esta ciudad las cosas se están haciendo cada día más difíciles.

ANGELITA Y MIGUEL ÁNGEL

ANGELITA

Antes, aquí en la casa donde yo vivo, era un problema mi despertada. Como yo siempre he sido tan dormilona nunca me despertaba temprano en día de colegio. Entonces mi mamá me compró un despertador enorme y me lo puso en la mesa de noche. Y el despertador sonaba siempre a las cinco de la mañana en día de colegio, pegando un timbrazo desesperante. Y yo era que pegaba el brinco cada vez que lo oía y en mi casa tenían que aguantarme histérica todo el día, que el mal genio me duraba hasta por la noche sólo de pensar en el timbrazo del despertador al otro día temprano, antes de que cantara el gallo, antes de que saliera el sol, para que Angelita no pierda el bus del Sagrado Corazón, cuando Angelita está soñando, ¿en qué? ¿En ese gringo alto y bello que vio en el Club el sábado? No, Angelita no sueña más que en Miguel

Ángel. Que el despertador sonaba cuando yo estaba en lo mejor del sueño, cuando uno después de haberse despertado a medianoche con su poquito de miedo no puede volver a dormirse sino como a las dos o tres de la mañana, así que a las cinco cuando sonaba el despertador yo estaba era profunda. Entonces me despertaba gritando. Pero era que nadie me oía en esta casa, seguro porque no gritaba bien duro, ¿o sólo gritaba en sueños?

Aquello duró cerca de una semana. Durante ese mal tiempo me fue peor en el colegio: la madre Sardi me regañó delante de toda la clase, me dijo grosera y corrompida y me hizo poner roja y me hizo aguantarme las lágrimas delante de toda la clase, y en los recreos era que nadie me hablaba ni me hacía ojitos. Siquiera que Lulita siempre ha sido mi amiga, y esa sí nunca me abandona, entonces a mí qué que las otras no me hablaran si tengo a Lulita, si con ella me iba hasta los palos de mangos y allá conversábamos de muchachos y de cosas que después a lo mejor cuento, cuando termine con el problemísima que yo tenía en mi casa con las levantadas por la mañana.

Recordar que también había levantadas sábado y domingo, que esos días yo no ponía el despertador ni loca y como yo era tan dormilona no me iba despertando sino como hasta las once, cuando ya el sol está bien arriba y todo el mundo

levantado y el calor, y porai derecho las sábanas húmedas y uno sudando y oliendo feo y todo eso. Así era como despertaba con dolor de cabeza todos los sábados y todos los domingos, y qué tal mi hermano Carevaca que a esas horas era cuando más dizque sufría y tenía que hacer sonidos raros para ahuyentar la pena, sonidos de que estaba con veinte amigos y que todos juntos simulaban duelos y tan tararán caballería, entonces, ¿qué hacía yo para no ponerme histérica y no estar histérica todo el día?

Si me llamaba un muchacho por la tarde para invitarme a cine, yo le decía que no y que no y me le portaba muy grosera y todo. Por eso era que por esa época estaba cogiendo fama de antipática. Todo por levantarme tarde sábados y domingos, todo por no poder soportar el despertador que me despertaba dando gritos, cuando lo último que uno puede pedir es dormir otro ratico más el sábado, ¿o no? Sí, pero tampoco dormir tanto, no levantarse con el calor, eso sí no. Entonces, ¿qué hacía? Tuve que decirle a mi mamá que no soportaba un minuto más el despertador, que, ¿por qué no podía despertarme mi papá todos los días? Pero mi mamá como nunca me hace caso me dijo que me dejara de ser sinvergüenza, que ella no iba a perder la plata que metió en el despertador. Eeehh, pero ni que mi papá no tuviera cada día más plata, y además, ¿cuánto vale un despertador?

Un día hice un experimento: puse el despertador un sábado a las siete y media, pero cuando sonó, lo malo fue que yo estaba teniendo uno de mis sueños hermosísimos y ese despertador que suena y yo que pego un berrido de rabia que no debió sonar como de rabia sino más bien de angustia, y además durísimo, tanto que todo el mundo en esta casa voló a ver qué era lo que me había pasado, mi mamá abrió la puerta y mijita qué le pasa, mi papá entró con Taylor y Fernández, los policías encargados de la puerta principal, y también estaba Carevaca y las sirvientas Fidelina, Efigenia y Francisca que no decían nada, pues cómo iban a decir algo si mi mamá no había dejado de repetir mijita qué le pasa, ¿y yo cómo le iba a poder decir que era que estaba soñando con eso tan rico y que de pronto sonó ese despertador y me despertó? Y como no le podía explicar nada pues me puse a llorar día poquitos, así como lloro yo cuando no tengo ganas, con movimienticos que me hacen tan inofensiva, tan niña, pobrecita Angelita, qué le habrá pasado. Mi papá me acariciaba el pelo y me daba palmaditas en la espalda y las sirvientas y los policías me miraban enternecidos, no tanto el Antonio Rodante que se las sospechaba, y quién sabe mi mamá qué era lo que estaba pensando, con esa mirada de buitre que tiene y que nunca me cree nada.

Me acuerdo que como por veinte días todo el mundo se portó bien conmigo. Y que el domingo cuando le dije a mi

papá que por qué no le decía a mi mamá que ese despertador no me convenía, él me dijo que cómo no y fue y habló con mi mamá, y mi mamá entró a mi cuarto y se llevó el despertador y fue y se lo regaló a mi tío Hernando, que es un tío pobre que yo tengo.

Ya deshaciéndome del despertador entraré a contar algunas consecuencias. Resulta que de allí en adelante mi papá, que me quiere tanto, tenía que levantarse tempranísimo, antes de que cantara el gallo, en día de colegio. Caminaba muy despacito hasta mi cama y me decía las siguientes palabras en el oído: “Angelita, Angelita, ya es hora mijita, ya es hora mijita”. ¡Ay mijita! ¡Y a mí me gustaba tanto que me despertaran así! Porque yo, todavía entre sueños ricos, le cogía una mano a mi papá y le decía a mi vez: “Sí, ya es hora, ya es hora, ya oí papacito”. Entonces mi papá me daba un beso en la mejilla que le quedara más cerquita y se iba después a su cuarto. Y ya era que no podía dormirse más por más que intentaba. Después de dar vueltas y vueltas se convencía que era en serio que no podía dormirse más entonces se levantaba, salía del cuarto bravísimo y le pedía a gritos un tinto a Efigenia, que a todas esas seguro aún estaría dormida. Mi mamá también se levantaba furiosísima porque ese grito de mi papá de todos los días la despertaba en lo mejor del sueño. ¿En qué estaría soñando? Y se levantaba con ganas de pelea, y le decía

desconsiderado a mi papá, malmarido. Y mi papá tan furioso que estaba ya, después de haberse tenido que despertar para ir a despertarme a mí, pues él ni más bobo tampoco se iba a quedar callado, y se decían cosas feísimas, yo las oía mientras me vestía. Lo peor era cuando en la mitad del alboroto se despertaba mi hermano como un enloquecido, gritando que le quitaran al barón Jiménez de encima, tanta Historia Patria que ha leído, el barón Jiménez que anda rondando detrás de cada puerta, que desde que los conservadores le quitaron la finca y le mataron su mujer linda, no descansa hasta que se haya robado el último hijo de conservadores y los haya asado vivos en el monte. Hasta que no acabe con todos el barón Jiménez no descansa. Yo lo tenía que callar a la fuerza. ¿O llamar a la policía? Qué tal que hubiera llamado a Taylor y a Fernández y les hubiera dicho, a ver: ¡callen a toda esa partida de locos! ¿Y si los hubieran callado? Mi papá los habría echado a todos. ¿Hubiera podido? Quién sabe, tan bien armados que andan ahora los policías, quién sabe.

Esas peleas recién levantado todo el mundo duraron casi seis meses. Todos los días que mi papá se levantaba a despertarme tan dulcemente, como a mí me gustaba, fijo que era pelea. Porque ya a la larga mi mamá se despertaba desde que mi papá se levantaba por primera vez y hacía tráquete trac al

caminar en el piso de madera, que la casa de nosotros es muy vieja y grande, y tiene piso de madera. Cuando pasaba el bus del Sagrado Corazón yo dejaba a todo el mundo peliando. Tanto que ya se me estaba formando un trauma psicológico.

Pero era bueno que me despertara mi papá en lugar del despertador. Y en el colegio me iba de lo más bien. Una tarde la madre Sardi me felicitó por un trabajo completísimo que le llevé de Anatomía, y después en el recreo todas las niñas me buscaban, ajá, ¿ahí sí, no? Me invitaban a sus fincas, o que fuera a la fiesta que hacían el sábado.

En una de esas fiestas, en la de Raquel Pineda, fue que conocí a Raimundo, un muchacho que vivía cerca de mi casa y yo nunca me había llegado a dar cuenta, que le dije que no le cogía el paso cuando me sacó a bailar un bolero, y él que pena, se puso rojísimo y me pidió disculpas y allí mismo se fue de la fiesta. Yo lo vi salir sin despedirse de nadie, todo rojo todavía, yo le dije que no le cogía el paso seguro por hacerlo poner así de rojo, pero pobrecito. Entonces le dije a Lulita que me acompañara afuera, ¿adónde? A la esquina, a alcanzar a un muchacho que salió corriendo. Siquiera que cuando a Lulita le hablan de muchachos se arrebatara toda, pues salió conmigo; fue de una. Corrimos hasta la esquina y alcanzamos a ver a Raimundo que caminaba por toda la mitad de la calle. Yo le dije a Lulita que me esperara pero

ella dijo que no, que iba, y yo qué, ¿me iba a poner a discutir? Fuimos las dos. Cuando él nos vio abrió los ojos y se puso otra vez rojo. Yo le dije a Raimundo, discúlpeme Raimundo, usted no baila mal, camine, venga. Y él no me decía nada, hasta que tráquete, yo no sé cómo hizo pero se me lanzó y me dio un beso en la boca delante de Lulita, y ella se rio, ¿en qué estaría pensando? Yo me la conozco. Me separé de Raimundo y lo miré a los ojos pero no le dije nada. Él me cogió la mano y me le dio un apretoncito. Yo por mi parte sentí una cosa rica, que la boquita tan linda de él se le frunció cuando me apretó la mano. Yo hubiera sido para siempre feliz adonde tenga oportunidad de verlo más (¿pero Miguel Ángel?). Si no lo hubieran matado en esa misma esquina unos del Sur por robarle un reloj de oro que tenía. Lo último que hizo en este mundo fue apretarme la mano. Seguro estaba pensando en mí cuando lo mataron. Después de eso fue que los papás de uno resolvieron ponernos policías para llevarnos a las fiestas y traernos.

Yo por mi parte lloré muchísimo en el entierro de Raimundo, y estuve enamorada de él como dos meses, y eso lo sabe Miguel Ángel. No volví a salir de mi casa, y cuando salía ningún muchacho se me acercaba porque me veían la cara y ahí mismo sabían que yo estaba pensando en mi amor muerto. En ese tiempo fue que salió la canción esa de:

Por qué se fue/ por qué murió/ por qué el Señor se lo llevó/ se ha ido al cielo y para poder ir yo/ tengo que ser buena para estar/ con mi amor.

¡Pobrecita Angelita! El primer día que se reunió con sus amigas después de la muerte de su primer amor, alguien que no sabía puso esa canción y ella no pudo de la pena, tuvo que decirle a su íntima Lulita que salieran, que salieran para llorar sobre el pasto, para llorar de cara a la luna y no pensar más que en su amor ido, recordarlo colorado y con los ojos muy abiertos, y que la boca le olía a manzana cuando la besó, ese primer beso que le dieron en la boca.

A Margarita, una amiga mía, la que se postuló para reina de belleza y ganó, la primera vez que la besaron en la boca corrió a lavarse la boca con el cepillo de dientes y con Astringosol. Seguro le tocó un muchacho al que la boca no le olía a manzana. Pero en cambio yo estuve de buenas. Y qué rico que era pensar después en todo eso, conversar con Lulita de besos, de abrazos, cuando nos íbamos más allá de los palos de mango, en todos los recreos, ¿cuánto hace ya de eso?

¿Y qué? ¿Y que a mí todo me estaba saliendo de lo más bien?

¿Que mi papá me despertaba todas las mañanas y yo feliz? ¿Pero no tan feliz porque cuando salía para el colegio dejaba a todo el mundo contramatándose? Sí, todo eso. Me acuerdo cuando mi mamá, la otra vez en el almuerzo, consideró la idea

de comprarme otro despertador, uno especial, más moderno, más chiquito, que hiciera menos bulla. Pero yo me negué rotundamente. Era capaz de irme de la casa si me obligaban a ponerme ese despertador, era capaz.

A mí me parece que al final mis papás estaban era desesperados, si hasta dejaron de dormir en un mismo cuarto ante tanta pelea. Pero el amor de mi papá seguía levantándose a las 5 a. m. y muy pasitico se sentaba al lado de mi cama a decirme como todos los días: “Angelita, Angelita, ya es hora mijita, ya es hora mijita”. Al final me despertaba diez minutos más temprano para quedarse todo ese rato conmigo, acariciándome el pelo, besándome los ojos, qué días más lindos aquellos. Y si le contaba después a Lulita ella, la pobre, se me ponía muy triste, porque su papá nunca la acaricia ni le dice cosas, ni le da permiso para nada. Entonces, sí era mejor no contarle a mi mejor amiga, pensaba en mi papá yo sola. La otra vez en la fiesta de Ana María Saavedra me cogí pensando un ratísimo en mi papá: eso era que me sacaban a bailar y yo nada, el muchacho me hablaba y yo le decía cualquier cosa pero ni siquiera lo miraba, claro que si era buenmozo sí lo miraba, pero no me inspiraba nada. Sólo pensaba en mi papá. ¿Qué tal bailar con mi papá? ¡Oh, si mis amigas usaran bailar el vals con el papá en la fiesta de quince! Ese era mi problema: que decían que era ridículo. Mi mamá también dijo que era

ridículo cuando yo dije que quería que mi papá me sacara a bailar el vals en mi fiesta de quince, que qué es eso niña, que cuándo ha visto hacer eso, que ya no se usa y que si todavía se usa pues no está bien que lo usemos nosotros, qué cree. Hasta Lulita, mi mejor amiga, me dijo que era ridículo, pero yo no veía por qué razón. Yo quería bailar el vals con mi papá, como en *Los jóvenes años de una reina*, aunque allí ella no lo bailaba con el papá sino con el novio. Pero es que mi papá es igual a un rey, no importa que se tome sus traguitos. Además todo el mundo lo llama rey, ¿o no? Cuando sacan fotos de él en los periódicos dicen: Luis Carlos Rodante, “El Rey del Ají”. Mi papá fue el primero que sembró ají en forma aquí en el Valle, yo no sé si en toda Colombia haya alguien que siembre tanto ají, ¿cuántas hectáreas? Muchas, muchísimas, la otra vez con Miguel Ángel tratamos de recorrer toda la finca a caballo, pero no pudimos, qué va a poder uno, y todo de ají, ají pique del mejor que hay.

Yo no quiero ni recordar mi fiesta de quince. Porque se quedó en que iba a bailar el vals con mi papá, ¿qué tiene que ya no se use si yo quiero? Y era capaz de encerrarme, así le dije a mi mamá, de encerrarme desde por la mañana en mi cuarto y no bajar a la fiesta. Hubiera sido mejor. Ji ji, ¿qué tal una fiesta de quince donde la que cumple los quince no aparece por ninguna parte?

El vals con mi papá. Allí es cuando me coge esta cosa mala que no quiero sentir, ni pensarla, que lloro, que no me veo linda cuando lloro, que no me gusta.

Mi papá ni se hablaba con mi mamá casi, y se tomaba sus tragos. Se los tomaba seguro porque ella le gritaba tanto, porque ya no dormían juntos, por eso era que tomaba pues el ají siempre se ha vendido bien, por eso no era. ¿Pero por qué tenía que estar borracho en mi fiesta de quince? ¿Por qué no se esperó y comenzó a tomar después de bailar mi vals? O antesitos incluso, cuando se acaban de tomar el primero o el segundo y se ponen contentos, rosados, se ven hasta de lo más bien. Pero no cuando ya están borrachos, cuando llevan bebiendo cuánto y no hacen otra cosa que hablar, no pueden parar nunca, y diga bestialidades. ¿Por qué tenía que estar así justamente antes de bailar mi vals? Sobre todo que se hubiera dado cuenta que ya, de por sí, era un riesgo, que nadie sabía qué iba a decir la gente.

Me acuerdo que esta casa estaba taquiada de gente, que no cabía un alma, que cuando bajé las escaleras todo el mundo me esperaba para felicitarme, para darme un beso, tan linda Angelita bajando las escaleras con ese vestido blanco, que la gente decía mírenla que ya es toda una mujercita, no me faltaba sino una rosa roja en las manos para ser la doble de Kim Novak, claro que más niñita. Y mi papá aplaudiendo y

haciendo bulla desde allá del fondo. Allí he debido saber lo que iba a pasar, qué bruta, cómo no pensarlo siquiera. Sobre todo que el vals fue la primera cosa importante de mi fiesta. Que cuando sonó *El Danubio Azul* todo el mundo se abrió, los músicos pararon. Era un disco, claro, adónde se iba a conseguir en Cali un conjunto que tocara *El Danubio Azul*. Y yo salí al centro de la pista toda vestida de blanco, y mi papá me recogió allí en todo el centro, me acuerdo que me agarró de la cintura y me sonrió a la cara con la boca abierta. Allí fue cuando me di cuenta que su boca no olía a manzana.

Bueno, de una. La gente no se reía. La gente estaba calladísima, ¿sería por pena? ¿Pena de qué, de ver borracho al Rey del Ají? ¿Pena por pobrecita Angelita, tan sabida y tan linda, pero bailando, la pobre, el vals con su papá en sus quince? Si mi papá después de agarrarme por la cintura me hubiera hecho dar vueltas y vueltas, no una sino muchas vueltas, ver las caras como en el cine cuando el cine da vueltas, o no ver a nadie, mirarlo sólo a mi papá radiante de felicidad, y a ver quién dice algo, quién dice tan ridícula Angelita, de dónde habrá sacado esto, dónde lo habrá visto, quién se va a atrever a decir nada si Angelita está dando vueltas, si no fue sino dar la primera vuelta y mi papá se dobló, plaf, me enterró la frente, la boca, la cumbamba, el nudo de la corbata aquí en mis senos, en mi barriguita, y allí fue donde más me tiró ese juego

que le venía saliendo de la boca. Después vino el sorbete de pedacitos de coco, de papaya, aceitunas, queso, lechuga molida.

*EL INVITADO SOLANO PATIÑO
CUENTA CÓMO VIO LA COSA*

La vi desde un punto de vista pictórico. Apenas entré a esa fiesta me puse pésimo del estómago, así que antes de pretender pareja lo que hice fue buscar un baño en donde poder quedarme horas. Por una escalera descendente llegué a un cuartico con dos inodoros. “Pero sólo entro yo”, pensé cerrando con seguro. Resumen: grande fue mi gusto ante baño tan apartado y tan blanco. Dándome prisa palpé la puerta y los azulejos, desabroché mi cinturón negro, abrí la tapa y me vertí en la taza. Aflojé mi cuerpo hasta la belleza. La corbata estuvo oscilando un tiempo, mientras me cruzaban recuerdos de viejas andanzas, de madrugadas. Miré los pantalones sobre el piso, también tirados allí mis zapatos, los pies que no me sostenían ya. Estaba dejando muchísimo. Puede que torciera los ojos en mi cabeceo, lleno de relámpagos. Entonces oí como unos quejidos de lástima arriba de mí, que luego se aclararon en quejidos de protesta. Era Antonio Rodante, amarrado y encerrado. Pobre Carevaca.

Hundí la cabeza entre mis muslos, abrí los muslos para que entrara luz y yo pudiera ver la chorreante torrecita de arañas peludas y babosas que acababa de dejar allí. Me sentía liviano, incrédulo, sosegado a no ser por el crujir de sábanas, de colchas, de sobrecamas en atroz desorden que me llegaba del cuarto de Antonio Rodante y que sólo yo, por estar en aquel baño, podía oír. Pero todavía una cosota pugnaba por salir. Alcé la cabeza, no sin esfuerzo, y me abrí y me estiré permitiéndole el paso, y también tratando de alejarme del olor sobre el que estaba agazapado. Desenrollé el papel Sedita rosado y lo enrollé, sin mucho orden, en mi mano, y me limpié mal, más bien atollándome. Hubiera sido necesario raspar el cuerpo, arrancar pelos color avellana madura que recién me salen.

El contacto con la tela del pantaloncillo se me hizo insupportable. Me los bajé y volví a sentarme. Aflojé duro y me deshice en chorros que al final dolieron. En uno de tantos movimientos me llevé la mano derecha a la boca y comprobé mi aliento. Mi boca olía a lo mismo que olía mi ano. No logré bastarme en la conciencia de estarme pudriendo, pues la puerta voló y apareció Angelita, con una plasta terrible en su vestido blanco. Sonrió toda descuadrada al verme, y ni se inmutó ante los berridos de su hermano. Se inclinó sobre el lavamanos y se limpió la mierda. Salió de allí chorriando agua. Después fue que me lo contaron todo.

ANGELITA CONTINÚA LA RELACIÓN

Él ya estaba buscando salidas. Le provocaría perderse, salir corriendo sin mirarme. Pero entró un pelotón de policías con vestido de fiesta y lo cogieron de los codos y le hablaron al oído, yo oí como le decían don. Lo sacaron de allí marcialmente y con respeto.

Qué inteligente Alirio, el director de la orquesta, que hizo quitar *El Danubio Azul* y comenzó a tocar *Macondo*, y todo el mundo se tiró a bailar. ¿En qué era que pensaba yo? Tal vez en subir a verlo, entrar a su cuarto y quedármele allí sin decirle nada. Pero qué tal que aún estuviera vomitando. En eso estaba pensando cuando apareció Mauricio Cucalón, un muchacho que me seguía para donde yo fuera, y me dijo: “Angelita, a mí no me importa lo que acaba de pasar, cosas peores he visto. No se preocupe que yo la sigo teniendo a usted en gran estima. A su papá también. Dígame, ¿quiere ser mi novia?”. Como yo me quedé mirándolo él hizo cara de tonto y yo me le reí en la cara, y esto que sigue sí puedo recordarlo sin llorar, porque allí mismo se me quitó un poquito la pena, y bailé y patanié toda la fiesta, y a eso de las dos me volví a acordar de mi papá.

Sin que nadie me viera fui y subí al cuarto. Estaba roncando bocarriba. Después vendría a saber que fue que se hizo

el dormido, pues cuando mi mamá entró al cuarto ya no estaba, y ella entró cuando yo recién salía, me acuerdo por la cara de bruja que me hizo.

Vino a aparecer el domingo a las siete de la noche, yo no sé si borracho, más bien no, porque no hablaba ni decía nada, sólo que quería dormir sin que nadie en el mundo lo molestara. Y durmió. Durmió tanto que al otro día, lunes, se olvidó de despertarme. Y cuando me despertó la sirvienta Efigenia, yo berrié y patalié y ni aun así se despertó. Lo que hice entonces fue encerrarme aquí en mi cuarto, y ya de noche me vine a quedar dormida sin haber comido en todo el día. Y al otro día tampoco me despertó mi papá sino Efigenia, y yo volví a berriar y a pataliar pero él no se despertó. Tuve que ir al colegio por no perderme la clase de Religión de la madre Sardi, que es la madre más bonita que conozco.

Que todo empeoró de allí para adelante, ni pa qué decirlo. Yo nunca pude con que no me levantara mi papá sino Efigenia, nunca. Y el destino de uno en este mundo de Dios es levantarse día tras día. Entonces gritar, para que no jodieran. Joderles el sueño para que no jodieran. Que vieran que yo también tenía que levantarme. Levantarme todos los días, ¿quién va a poder vivir así? Que mi papá se levantara gritando. Que mi mamá dejara de hablar una semana, todo el año. Que Antonio Rodante saliera despavorido de su cuarto diciendo que ya no

podía más, que el barón Jiménez no lo dejaba tranquilo una sola noche, que no era justo estando él así de chiquito. Y en la casa que nadie le creía y yo riéndome. Pobrecito.

Pero desde que estoy de novia de Miguel Ángel todas mis desdichas han terminado. Porque él me llama a las 5 a. m. en punto de lunes a viernes, y a las nueve y media sábados y domingos. Me llama y me dice cosas lindas y yo le digo que lo quiero, y le canto canciones como:

Todas las noches sueño que me arrullas/ cuando despierto me siento más tuya/ y te bendigo bien de mi vida.

Y cuando me da la gana le cuelgo el teléfono.

MIGUEL ÁNGEL

NOTA: el viernes 19 del presente año, Miguel Ángel Valderrama Ríos fue a mi casa, y al no encontrarme —los viernes se los dedico desde muy temprano a la saludable vida campestre— dejó un paquete a mi nombre. Al regresar acá a la ciudad, ese mismo día, me enteré de su escandalosa muerte. Cuál no sería mi sorpresa cuando llegué a mi casa y encontré el paquete que contenía un cuaderno de cien hojas cuadriculado, totalmente escrito. Se preguntarán por qué, entre todo el mundo, decidió dejármelo a mí. Pues bien: aunque en los meses anteriores a

su muerte Miguel Ángel dejó de frecuentar a todos sus amigos, a mí jamás me negó el saludo. Me escogió, supongo, en vista de mi permanente interés por el arte, y son precisamente las excelentes relaciones que mantengo con sus cultores lo que hace posible la publicación de estas páginas. La escena de la caminata matinal desde su propiedad a la calle, así como la famosa sucesión de palabras sin orden aparente, estaban escritas en páginas sueltas adicionales, sin raya pero debidamente numeradas. No deja de admirarme el reconocerle tal inquietud literaria a una persona que, como todos saben, no demostró en vida otro interés que el volibol. A.C.

Mañana de mi perdición. Aquí en mi casa cada sitio tiene su nombre, y el mío se llama “Cuarto de Miguel Ángel”. Que eran las diez cuando abrí los ojos y vi que no me acordaba de nada. Lo primero que hice fue llamarla, con media hora de retraso. Ya estaba despierta de la rabia. Ella misma contestó el teléfono, pero no me dijo nada. Mejor dicho me colgó.

Yo marqué otra vez su número. 601660. Todavía siento lo mismo cuando lo marco que cuando me lo dijo por primera vez, la boquita que me hizo.

El teléfono de mi novia Angelita timbró una vez, dos veces. Apuesto que debía tener las manos en la cara, tapándose la boca y los ojos con ganas de reírse, yo me la conozco. Seis

timbrazos. Seguro estaba pensando contestar al séptimo, pero se la hice: le colgué el teléfono.

Entonces hubiera podido llamar a Berenice. ¿Ya tenía una excusa? Sí: Angelita me colgó el teléfono, a mí nadie me quiere. Que la llamé por segunda vez y no me quiso contestar, que tuve que colgarle. La hubiera podido llamar sin culpa alguna, tal vez pa preguntarle.

No he debido colgarle. ¿Y si descolgó el teléfono un medio segundo después de que yo colgara? Si por lo menos me hubiera dicho algo, eso es lo que voy a responder si alguien me pide cuentas, qué desconsiderada, me colgó el teléfono. Pero ¿quién va a pedirme cuentas? ¿Por qué no la llamo entonces a ella? No es sino marcar su bello número, que de su número sí me acuerdo. Preguntar su bello nombre, quién va a olvidarse de su nombre, fingir la voz, por favor. No, ella sabe todo. Pero además qué, ¿acaso va a contestar ella? Va a contestar la vieja Carmen, esa voz ronquisísima, me va a decir que Berenice está dormida. Anoche nos quedamos hasta qué horas, ¿cómo hago para no pensar? ¿Para dejar de ver sus palabras? Que me fuera ya porque mañana tenía que trabajar. Que volviera a verla un día. ¡Chas, en el nombre de Dios, no lo pienso, me muero mejor pero no lo pienso! Mañana de mi perdición.

Irma la dulce me estaba llamando, gritaba que fuera a verla. Yo me levanté a toda, corriendo salí del Cuarto de Miguel

Ángel, con mi poquito de miedo atravesé el corredor largo y pasé como un tiro frente a su cuarto, en esa fracción de qué, de segundo, pude oír el color del río, los ojos voltiados de mi madre, hasta tuve tiempo de decirle buenos días con la mano antes de que se me acabara el marco de la puerta. Yo corro mucho. Luego me escondí en el Nicho de Anacleto, que desde chiquito me ha gustado, por los helechos. Allí guardé silencio para ver si Irma la dulce se quedaba llorando. Oí el crujido de sus sábanas, de sus almohadas, el pestañeo y luego, sobre el color y el murmullo enceguecedor del río, el quejido que comenzó a dejar salir desde muy adentro.

Ven y me das un abrazo grande, me decía, y yo guardaba silencio: no quería pensar pero pensaba. Oí que en alguna parte de la casa dos policías hablaban. Salí del Nicho de Anacleto y me le fui acercando a su cuarto. Allá va tu hijo, mamacita, a refugiarse en tus brazos. Estaba medio sentada en sus almohadas, envuelta en su pelo, mirando para todos lados, asustada. Entonces me vio entrar y dejó caer sus ojos acá en mis ojos. Ven, ven y me das un abrazo grande, y me estiró los brazos.

Me sumergí primero en la penumbra del Cuarto de Irma la dulce, que es mi madre. Luego chapotí en su pelo, en su cuerpo. Y le di su abrazo grande, ella tragó saliva, yo se la sentí bajar, hacer soniditos.

O podía encerrarme, como mis antepasados. Llamar a Angelita y anunciárselo: me aburrí del mundo, no salgo más aunque te pongas a chillar. Pero a Berenice sí no llamarla, más bien olvidarla, dejarla esperando días, meses, semanas, hasta que esté bien viejita y le llegue la hora de comprender que no hay caso. Irma la dulce me ponía su cara para que se la besara. Yo metí mis dedos en su pelo, escarbé hasta que apareció una porción de su frente. Le di un beso en la frente agría.

Ya son más de las diez, le dije, ahora que llamé Angelita me colgó el teléfono. Y tiene razón: media hora de retraso. Ya es demasiado, Irma.

Pero no me contestó: voltió los ojos hacia la ventana por la que nada de luz entra y se puso a escuchar el río. No me gusta esa tristeza. Seguro estaba pensando en el pasado, cuando aún se levantaba, salía de su cuarto y era ella la que me despertaba contándome una historia de una niña que cayó a un pozo tan profundo, tan profundo, que hasta tuvo tiempo de pensar encima de qué caería cuando tocara fondo. Y así yo iba abriendo los ojos, sin afán, con calma, y fijaba la imagen de mi madre sobre mí cuando después de caer y caer, la niña comprendía que había caído en un pozo sin fondo.

Y así mi día comenzaba. Seguro a Irma la dulce tampoco le debe gustar que ahora sea la policía la que me despierta.

Los tiempos se han puesto difíciles, me dijo, pero yo ya no quería escucharla. Aparté a manotazos las hebras gruesas de su pelo y me le fui corriendo de su cuerpo y de su Cuarto, y corrí hasta el Cuarto de Miguel Ángel y me puse a rebotar en mi cama, subiendo, bajando y cayendo, y así yo pensaba en dos mujeres a la vez. Me dije eres un hombre libre. Recordaba a mis amigos, en el Club o en los recreos, hablar de sus conquistas hasta delante de sus novias, y si yo no tenía a Angelita al lado me ponía a pensar en ella mientras los escuchaba hablar, y así la pasaba mucho mejor que ellos.

Yo vivo en una casa inmensamente vieja e inmensamente grande. Hace tres siglos el adelantado don Pedro Valderrama, después de recorrer esta tierra parejita, verde, buena, desde El Águila en la montaña hasta Florida acá en el Valle, desde Buenaventura en el mar hasta Polonia allá en la montaña, después de pescar barbudo, tilacua y tucunaré en las aguas del río Cauca, salvar sus remolinos, aspirar sus pastos, resolvió edificar su casa aquí, en donde yo reboto sobre los poderosos resortes de mi cama, en donde se junta definitivamente el río Cali y se mete después partiendo en dos la ciudad. Porque era la mejor porción de tierra, porque era rica en aves, en guaduas, porque los guijarros del fondo del río eran blancos, parejos, porque había árboles de mango, de madroño, caimos, chirimoyos, guayabos, coronillos, mandarinos,

ciruelos, guanábanos, grosellos, nísperos, porque el cielo era bajo pero amigo, porque las lluvias eran verdes y la tierra se vestía aún más de fiesta, que era bueno meter los pies dentro del barro, que los pájaros salían y bajaban y se dejaban tocar de los asombrados conquistadores, que después de cada lluvia arrojaban los arcabuces al río y se dedicaban a las canciones, a componer versos, porque con las lluvias bajaban de los cerros unos hombrecitos del color del café seco y del olor de la tierra mojada, envueltos en telas hasta el suelo y plumajes para el hombre blanco, y que el hombre blanco los recibía con música y con bebidas que descifraban el futuro y hacían sabios los recuerdos. Anacleto se llamaba uno de aquellos hombrecitos, y Anacleto se llama el Nicho de mi casa en donde se dan helechos, en el que yo me escondo a ponerme fresco, a pensar en cómo han cambiado las cosas a lo largo de tres siglos en esta tierra sobre la que yo reboto. Pero no los árboles de mango, ni los ciruelos, ni los chirimoyos, ni la ceiba que sembró el adelantado cuando nació su primer hijo: Aparicio. Han cambiado las cosas, sí, han construido toda una ciudad a sólo ciento veinte metros de nosotros, pero yo y mi madre seguimos teniendo el río. El otro día ella me dijo que si oía los carros, los camiones que viajaban a Buenaventura llevando azúcar, café, vacas, madera, que pitaban, que hacían mucha bulla y a ella no le gustaba, que si

yo podía aspirar el gas, el humo negro, o era solamente ella, las voces de la gente que pasaba. Y yo le dije que no, que era mentira, que el río había crecido con la luna y que confundía los sentidos, que los pitazos eran el canto de las aguas y de los pájaros, los mangos maduros que caían al suelo sin partirse, los loros viejos que viven tres siglos y nunca en la vida olvidan. Hasta ayer pensaba venirme a vivir acá con Angelita y encerrarnos los dos juntos cuando nos casáramos. Pero ahora no sé. Y rebotaba. Había alcanzado alturas fabulosas, porque así es como me calmo. Caía de espaldas o de nalgas o solamente parado, y la vas a traicionar, pensaba, pura cuestión de destino. O que ayer le hubiera dado su tote a Ackerman, le hubiera dicho judío inmundo cuando me invitó a que fuéramos, que él conocía una casa en donde las hembras eran como las de Playboy. Que mejor no se me hubiera acercado, todo lleno de barros, a decirme que si tenía plata, que era caro pero que pagaba, seguro mano, yo te lo digo. Que mejor no lo hubiera conocido nunca, judío, así yo me habría levantado hoy de lo más fresco, tarde pero no importa si al fin y al cabo yo la hubiera contentado de cualquier modo. Pero con qué cara puedo llamarla ahora después de que la he traicionado como nadie en el mundo, después de haberle repetido, cuántas veces, que nunca se le ocurra abandonarme, que no vaya a cambiarme ni por un nadador ni por un cantante, que

no me llesves a la ruina. Las veces que le he contado lo que yo era antes de conocerla a ella: que me dicen mis amigos que ya no me reconocen, que ya no soy ni mi sombra, pero yo los miro a la cara y no me importa nada. Que así hubiera mirado a Ackerman cuando me invitó a que fuéramos donde la vieja Carmen, judío. Ahora por él estoy teniendo esta mañana. O tal vez si llamara a Berenice, si oyera su voz, ¿podría pensar más claro? Mentiras.

Pues entonces me puse a recordar, rebotando y rebotando, cerradas puertas y ventanas, la segunda vez que llamé a Angelita para despertarla, la segunda mañana de novios.

¿Le digo una cosa?, me dijo ella, y yo que claro, que me dijera. Que me cogiera la mano izquier, no perdón, la derecha, no no, perdón, la izquierda. Bueno la izquierda, le dije, cogiéndome la mano izquierda. Que la abriera bien. La abrí bien. Que me la pusiera contra la luz, y yo abrí como pude la cortina con la mano derecha (el teléfono en el hombro), y la luz de la mañana no me cayó sólo en la mano izquierda sino en la cara, me ardieron las piernas, tuve que cerrar los ojos. Y que así contra la luz miraba bien todas las líneas de la mano, que si me las estaba viendo. Que sí, le dije, que sí. Que bueno, me dijo, que ahora me fijara en la línea que tenía arriba, la primera de todas, que si la veía o no. Y yo me miraba la mano pero no veía la línea, que no, que no la veía. Y ella

decía que la primera de todas, hombre, seguro creyéndome un poquito tonto, y a mí no me gustaba, sobre todo apenas a las dos mañanas de estar de novios, pero ella sacaba paciencia y me explicaba bien, me repetía: que me fijara muy bien, que era la primera línea, la que iba casi de lado a lado, que si la veía o no. Y yo hice un esfuerzo máximo, agucé la vista, el entendimiento, y encontré la línea, ah sí, que ya, que la veía, que cómo no, que claro. Que bueno, que ahora me fijara bien y que le dijera cómo tenía esa línea. ¿Que cómo la tenía? Sí, que cómo era, que la forma y tal. Ah, le dije, pues, es larga, ¿no? Y ella se sorbió la nariz como con un poquito de furia, no se me ponga brava que tampoco es tan fácil. Que no se estaba poniendo brava, sino que ella cómo iba a saber si era larga o no, que por eso me lo preguntaba, que al fin y al cabo se trataba de mi línea, ¿o no? Bueno, que sí, le dije, que era larga. Y después que si iba de un lado a otro, que si era recta. No, no, de lado a lado no, le dije, que larga pero no tanto, que terminaba entre el índice y el, espérese Angelita, corazón. Y luego, que si tenía ramificación al final. Que tenía, sí. Ahhhh, dijo ella, y se quedó un ratito silenciosa así como se queda ella, seguro haciendo ojitos, lástima no poder verla, lo que sí pude fue oír a su mamá gritándole, a Antonio Rodante cantándole las más tristes rancheras. Y entonces ella habló: entonces un solo amor llenará tu vida, un amor profundo, apasionado,

exaltado, las aventuras intrascendentes jamás podrán atraerte. Si las circunstancias en la vida te son favorables, llegarás acaso a ser una de esas personas en quienes el amor pasa a la historia. Dicen que los grandes amantes que todos recordamos poseían tu misma línea del amor. Tu tendencia afectiva tiende hacia lo más grande, hacia lo único. Tu temperamento pasional sexual también.

Me cansé, a la larga, de estar rebotando allí como un tonto.

Cerré los ojos, organizándome, y estuve un rato tendido en mi cama, hasta que la sirvienta salió de la Cocina Clemencia, subió por las Escaleras de Aparicio y vino y me dijo niño Miguel Ángel, el desayuno está servido. Yo bajé detrás de ella, sin dejar que me cogiera distancia pues las Escaleras esas nunca me han gustado. Aparicio, el hijo del adelantado, murió de asma a los diecinueve años.

Desde mi asiento en el Comedor de John Jairo puedo ver, de frente, el enorme retrato que trajo la bella Abigail Smith en 1891 de los Estados Unidos. Me habría comido mi desayuno como un tiro si no hubiera salido, yo no sé de dónde, el policía ese que se la pasa viendo el retrato de Billy el casi niño. Buenos días niño Miguel Ángel, dijo sin mirarme y se quitó el casco y recostó su fusil en la pared, con mucho cuidado. Y allí, como si yo no existiera desayunando a sus espaldas, se puso a contemplar su querido retrato. Hace un año, cuando

llegó a esta casa y lo descubrió, se le acercaba despacio y se le pegaba a los ojos. Pero ahora lo mira de lejitos, guardando las distancias, seguro sabiendo qué clase de man era Billy, Billy frente a mí, todos los días al desayuno, con sombrero casi hongo, pañuelo de colores anudado al cuello, chaqueta, chaleco y camisa.

Se parece casi a un bogotano, dijo el pequeño policía sin voltiar a verme.

Billy con cinturón de una cartuchera, bluyines arremangados, botas y escopeta.

¿Era bandido, cierto?, me dijo, y yo le hice que sí con la cabeza. Billy metido de bandido a los trece años, mirando al frente con la boca y los ojos apretados. Y con ese parado que se gastaba, como diciendo a ver quién es el tieso que salta. Pero quién le iba a saltar.

De los policías que viven en mi casa, este al que le gusta el retrato de Billy es el que más solo se mantiene. No me acuerdo, ni tampoco me interesa, cuánto hace que vino de visita mi tío Luis Augusto, que no es de esta onda, que no vive en esta casa, y preguntó por Irma la dulce. Y después tomando tinto le aconsejó que alquilara policía. Que ya la policía no era un lujo sino una necesidad, como los automóviles. Que los tiempos estaban bien difíciles. Que al Presidente joven nadie lo quería, para qué se iban a decir mentiras, hasta la

naturaleza estaba contra el Presidente. O si no, ¿cuál era la causa entonces de este invierno de ocho meses que se descuajó en verano, que arruinó cosechas, arrasó ganados? Que a don Marino Castro se le entraron a la casa y le cortaron la cabeza a su esposa y cuatro hijos. E Irma la dulce, seguro para cuidarme a mí, lo sé, contrató la policía. Pero a mí personalmente no es que me molesten mucho, se la pasan dando vueltas, subiéndose a los árboles de mangos, hasta cumpliendo gorros. Conmigo casi nunca hablan, sólo cuando uno de ellos sube a mi cuarto y me despierta. Aunque yo me he puesto a escucharlos conversando y allí sí se cuentan cosas, se dicen chistes. Y sé que muchos de ellos han matado gente.

¿Esta foto se la tomaron porque él quiso? ¿Nadie lo obligó a posar?, me preguntó el pequeño policía.

Nadie, le respondí, bogándome el jugo de naranja, pero fue que por el olor del jugo me vino el olor de ella, y el sabor de su piel cuando yo la beso, y el color de su pelo. Entonces me enloquecí por primera vez en ese día, pues en lugar de llamarla a ella corrí a llamar a Angelita.

Que apretaba el teléfono, que había llorado, me dijo. Pero yo no le creí. Pensé que me iba a dejar abandonada este domingo, abandonada no, algo peor, después le cuento. Le colgué el teléfono fue por jugar, estaba feliz, feliz de oír su voz, yo no me he puesto brava, yo no quiero peliar.

Y yo no le decía nada. Ella respiraba y se atragantaba. Pensaba un momentico y después se soltaba a hablarme como a mí siempre me ha gustado.

¿Por qué está tan callado? Y se pegaba más el teléfono. Y yo tenía que apartarlo rápido de la oreja, no fuera que su voz se me metiera de pronto, ¿qué tal? Una palabra de ella metida para siempre aquí en el coco, mi nombre dicho por ella, Miguel Ángel, como suspirando, como saltando de montaña en montaña, así lo dice ella.

Cuando Lulita le preguntó que yo cómo me llamaba, ella abrió los ojos de la felicidad y la boca de la felicidad, y le dijo: Miguel Ángel. Yo la pude oír desde la piscina: cuando me tiré de cabeza al agua oí mi nombre: Miguel miedo de estar en el aire, y Ángel agua.

Acerqué un poquito el teléfono a mi boca y le dije que estaba gritando, que no gritara. ¿Que no grite? Pero si no estoy gritando. Oh, qué le pasa, qué le pasa, yo que quería contarle un sueño que tuve anoche, y esta mañana ya quería llorar, soñando todavía, dormida cuando eran las nueve y media y usted no me llamaba. Soñaba que todos los teléfonos de Cali se habían dañado, ¿y usted cómo hacía para despertarme? Que pasaban los días, los siglos, y aquí en mi casa trataban de abrimme los ojos a la fuerza, pero nada. Oh, Miguel Ángel, oh Miguel Ángel.

Seguro estaba poniéndose una mano en sus senitos, oh, la primera vez que se los vi, que se agachó para coger la pelota de colores y yo se los vi muchos minutos, alcancé hasta a contarle las goticas de agua que corrían de poro a poro, de montañita a montañita, oh Angelita. Y después ya nunca quise separarme más de ella. Y Lulita que la llamaba para que fueran a remar al lago, también tengo que estar con mi mejor amiga, Miguel Ángel, no siá tan egoísta. Yo esa vez sí no le entendí lo que me quiso decir con eso. Quería despertarse, que no quería soñar más, que sentía la fiebre, que sufría mucho. Y yo nada que la llamaba, y ella tenía que seguir durmiendo, tenía que seguir soñando ese sueño feo en el que ella no se despertaba nunca en la vida, y que pasaba el tiempo y quería gritar pero en su casa nadie la oía, oh, si yo pudiera explicarle cómo me sentía de sola, oh, quería cogerle su mano, agarrarme de su mano y salirme de ese abismo circular del sueño. Y entonces sonó el teléfono. Con media hora de retraso pero sonó, y su timbre era más lindo que todo, abría las puertas al mundo y a un bello día de verano. Y antes de despertarme alcancé a dar uno, dos brinquitos de felicidad. Luego abrí los ojos y descolgué el teléfono y oí su voz, oh Miguel Ángel, y le colgué, sí, pero por jugar. Quería que me llamara otra vez, oh, quería oír otra vez el timbre y dar más brincos y luego descolgar y oír otra vez, oh, su voz. Pero usted colgó sin decirme

nada, sin esperar a que yo dijera aló. ¿Y cuánto tiempo ha pasado, Miguel Ángel? ¿Qué horas son? Yo no he querido salir de mi cuarto, creía que no me iba a llamar nunca, nunca más, oh, si no me hubiera llamado yo me habría encerrado para siempre. Ya veía a la bruta de mi mamá golpiando la puerta, llamando a Taylor y a Fernández, dándole culata a la puerta hasta tumbarla. Oh Miguel Ángel, ¿ha visto qué sol más bello está haciendo?

Yo soy ave nocturna, le respondí. Ella se quedó callada. Luego: Lulita me llamó ayer para invitarme hoy a su finca, que le dijera a usted también, ¿quiere que vamos?

Yo no le decía nada. Más bien recordaba a Lulita desde la otra barca, con ese novio que tiene igualito a Víctor Mature, y yo que la oía gritar, burlándose, señalándome de una sin importarle nada, pero yo no la miraba. Yo miraba a Angelita al frente de mí que remaba, apretaba las cejas y remaba, y la barca se movía, avanzábamos. Y Lulita desde la otra barca tirando frescura, su novio remando y remando con cara de inteligente y ella juá juá, ¿qué clase de novio te has conseguido, Angelita, que ni remar sabe? El colmo, la mujer haciendo todo el trabajo mija. Y yo hundía la cabeza en mis hombros, tratando de hundir la barca. Si no hubiera tenido a Angelita al frente, me habría podido concentrar en el piso de la barca y hacer que apareciera allí un rotico sólo con la mirada. Nos

hubiéramos hundido. Y Lulita gritaría, cotorra que es, desde su barca. En todo caso se habría quedado muda cuando me viera salvar las aguas y recobrar a Angelita de ese fondo color carbón, agarrarla del pelo sin hacerle daño, como una caricia, su carita envuelta en algas, sardinitas saltando entre sus senos.

¿Se acuerda del día en el que usted remó en el lago, Angelita? Sus ojos han tenido que apretarse, brillando mucho. Apreté el teléfono también y se llevó mi voz a su boca. ¿Se acuerda de ese día, Miguel Ángel? Sí, me acuerdo de ese día, y podía sentir cómo mi voz, sin olor a la distancia, con kilómetros de cable de por medio, se le metía a ella adentro. Y por allá, ella sí convertía mi voz en perfume de hembra, rosa y hoja de eucaliptus, después hablo de eso.

¿Cuánto tiempo estuvimos Angelita? Dos horas, me dijo. Ya eran las seis cuando devolvimos la barca, y luego nos bañamos hasta tarde en la piscina y la gente nos miraba y decían cosas, ¿se acuerda, Miguel Ángel?

Me acordaba, claro, pero lo de la piscina dejó de importarme con el tiempo, pues ese fue el día en el que me dijo, remando duro, dejando atrás al novio de Lulita, me dijo pobre Miguel Ángel, tan tragado que está que ni siquiera remar sabe. Y mañana no va a poder caminar ni correr ni nada si me sigue queriendo tanto. Yo la escuchaba sin decir esta boca es mía. Ojalá yo lo pueda querer tanto, Miguel Ángel, algún

día. Y yo amarraba más los brazos a mi cuerpo, haciendo los nudos con las manos, y me jorobaba como un cuervo viejo, mirándola, oyéndola remar, ganar velocidad.

Y ahora, por teléfono, me estaba pidiendo que le hablara, que qué era lo que pasaba, que raro sí estaba, que por qué no pasaba por ella a su casa. Que no se había vestido pero que se vestía inmediatamente y me esperaba en la puerta.

Yo no le decía nada.

Ayer estuve recordando la primera vez que me le sonreí en la cara, ¿se acuerda, Miguel Ángel? Me acuerdo, sí, Angelita. Qué tal olvidarse de eso, digo yo, sería mejor morirse. Fue la vez que me anunció lo que yo tenía que cumplir como un deber en caso de que nos cuadráramos. Lo de llamar todos los días a una hora exacta para despertarla, para que ella fuera feliz siempre. Y a mí me gustó, y se lo dije, que me gustaba. Y fue que a ella le gustó tanto cuando se lo dije, que me regaló con una sonrisa entera, se me acercó dos pasos, estiró un poquito el cuello y me sonrió en la cara. Yo le pude ver sus doce dientes completicos, sin contar los que se veían a medias. Entonces así no podía quedarme, y se lo dije, se lo pedí: que abriera la boca para verle bien las otras piezas. Y a ella le gustó, me abrió la boca en la cara, frente a la luz. Yo me le acerqué despacio. Le metí mi ojo derecho a la boca. Ella suspiró todo el aire que tenía adentro. ¿Qué fue lo que

sentí yo al aspirar su aliento? El olor de rosas y eucaliptus y mango biche que le venía del hígado, de la garganta rosada, del intestino grueso.

Miguel Ángel, ¿me está oyendo? Sí, la estoy oyendo Angelita, es sólo que estoy pensando. Estoy aquí todo, todo pensando. Hay ratos en los que pienso que sería mejor no pensar tanto, porque, porque a uno le duele la cabeza, ¿o será el sol? En todo caso es peligroso, es, es como hablar tanto por teléfono. Tampoco es bueno. Ayer, anoche, ¿usted se fue a su casa cuando se despidió de mí con ese besito que me dio, Angelita?

No era que yo pretendiera una respuesta, pues el besito me lo había dado en la misma puerta de su casa; hice tal pregunta para que me impulsara un recuerdo al que no me llego fácil: cuando Angelita me besó por primera vez en mi vida, la tarde aquella en la que llovía; en el verano curioso del diciembre, y yo me fui a su casa a decirle puras palabras. Había recibido la lluvia todas las seis cuadras que hay de mi casa a su casa, sin contar el territorio libre de mi madre y mío, antes de cruzar el alambre de púas. Ella me vio llegar mojado y se emocionó toda. Me trajo una toalla que olía un poquito a ella, y ya que era diciembre, ella olía a pesebre y a tristeza de niño viejo.

Poeta soy, así como soy loco. Lo único que me falta es tocar la guitarra eléctrica.

Luego subimos a su cuarto. Nos encontramos a su mamá en el camino y hasta me saludó bien. Le dije permiso y seguí de la mano de Angelita. Su papá no estaba: los diciembres hay cosecha de ají. Cuando entramos a su cuarto ella anunció que me iba a dar un beso. Entonces yo la miré a los ojos y cuando, al cabo de un tiempo, largo o corto no lo sé, pude encontrar el norte y el caminito en el mar y en el monte de sus ojos, supe que lo que tenía que hacer, antes de que ella me diera el beso, era decirle puras palabras bonitas. Y fui y me senté en un rincón de su cuarto, lo más lejos que pudiera de ella, y allí me puse a hacer memoria para juntar las palabras necesarias como para ir empezando, las que nos enseñaba el profesor Torres en primaria. Y comencé: comencé a decirle Unicornio, salvavidas, pasto seco, valle, mundo, penitencia, medicina, tren nocturno, mediodía, Nevada Smith, páramo, tránsito, tierra de desolación, niños que ven al hombre que camina y le gritan caminante, chotacabra, ojos que no ven corazón que no siente, luna, racimo de lunas, rayito de luna, selva dormida, dolores y males sin nombre, reliquia de un mundo olvidado, condición de melancolía, oscuro y clarito, héroes sin gloria, kilómetros de distancia, abandono, voluntad, ciruelo, río Madeleine, Lady Madeleine, siempre viva, máquina del tiempo, papalote, sombra, cría cuervos y te sacarán los ojos, memoria perdida, hacedor de estrellas,

capitán sin barco, entierro prematuro, pradera y alborada y fuga en cadenas, lluvia, destierro, inquilino nuevo, epílogo, Ícaro, globo, destinito, bruja, madrugada, dormidera, comelona, torre de marfil, mosquismo y frescura. Luego todo me fue saliendo facilito y fui haciéndole historias cuando las palabras en sí no contaban ya una historia. Le hablé de paraísos artificiales y lují lujá, del color de su pelo, de dos de mis dedos tocando su pelo, de que me gustaría coger y chuparle el pelo, de la casa de la colina, de familias enteras destruidas por una casa, de la primera vez que Irma la dulce me llevó al campo, al cine, al mundo, me besó en la cara y me quitó sus besos, de la Historia Patria, de una vez que ganó el América y la gente del Deportivo Cali alquiló policía para que echara bala, del Ventanal de la bella Abigail Smith, de la luz que entra a mi casa, del beso que ella me daría cuando yo acabara de contarle todo esto, te creo tan infalible, no me lleves a la ruina, ni que fueras mi alegría. Y cuando me cansé de hablar tanto me quedé allí sentado, vuelto una picha.

Entonces fue cuando vine a saber que el exceso de charla también produce angustia.

Sólo que también supe que ya no necesitaba ir más al colegio, ni ponerme a estudiar Álgebra ni Historia, porque ya para qué más. Tal vez volver a nacer. Y si algún día se me ocurría escribir un poema o una novela de vampiros sería inútil:

todo lo que tenía que decir se lo había regalado ya a Angelita. Y quedé agotado, pero después puro, y luego libre como un pájaro, libre de cultura y de conocimiento. Ayer fue cuando vine a saber que sólo una historia en el mundo me faltó por contarle, el nombre de una mujer: Berenice.

“¡Miguel Ángel!”, dijo Angelita, y yo apreté más el teléfono. Hubo, tal vez, un momento de silencio. Yo abrí la boca y le dije claramente: “Se me calentó la oreja”. Y le colgué el teléfono. Mañana de mi perdición.

Entonces marqué su número. Si Angelita me estuviera llamando, desesperada, iba a encontrar el teléfono ocupado. Berenice me había dicho el número cifra por cifra para que no lo fuera a olvidar por nada del mundo. Cuando me dijo cuatro arrugó su maravillosa frente, como una tea encendida, echó hacia atrás la cabeza y sonrió; cuando me dijo dos volvió los ojos, me miró, no me miró a los ojos sino entre ceja y ceja: así debía mirar Billy el Kid antes de desenfundar y poner la bala donde había puesto el ojo; uno me lo dijo pasándose un dedito por el pecho; cuando volvió a decirme dos y luego dos y luego dos se fue juntando pasito a mi cuerpo, me abrazó la nuca, el pecho, la cabeza, me fue dejando allí la constancia de su olor, el olor que se me metió de improviso en el jugo de naranja, de su sentimiento. 421222. Así cómo hace uno para olvidarse de ese número.

Timbró cinco veces y contestó la vieja Carmen.

—Aló.

—¿Berenice está?

—¿A esta hora?

—Ella me dijo que la llamara temprano.

Bueno, tenía que despertarla, ella no me dejó dormir, no me dejó soñar en paz. Tenía que contarle todo, preguntarle todo. Oí pasos, puertas, Bolívar que ladraba, que le decían chito. Han tenido que estar gritando el nombre de ella pero yo no oí nada. Entonces ella caminó hacia mí, soñolienta, triste en esta mañana mía, y cogió el teléfono.

—¿Aló?

—Habla con Angelito.

—Yo sé.

—Ah. La llamo a estas horas porque quería contarle.

—¿La historia de su vida? Después hay tiempo.

—Quería contarle que anoche yo no sé si dormí, que he pensado mucho en usted, que cuando salí de su casa, anoche, la luna tenía como el color de su pelo.

—No me diga.

—¡Aunque ahora no recuerdo cuál es el color de su pelo! Era luna nueva. ¿Usted se dio cuenta que yo llegué en carro, cierto? Con ese amigo judío con el que fui anoche.

—A mí no me gustan los judíos. Ya le he dicho a Carmen que cuando vengan pelados judíos no me llame, porque no voy.

—Bueno, pero él me llevó. Sólo que después no quise devolverme con él, que me iba a pie. Yo hubiera querido quedarme con usted, si usted me hubiera dejado. Entonces caminé hasta mi casa, Berenice.

—¿Vive muy lejos?

Sí, pero no me importó nada. Ni lo sentí siquiera. Sólo que llegando a mi casa me comenzó a entrar un miedo. Y después más.

—Angelito, yo quería que me contara.

—¿Qué?

—Cuando usted llegó y yo abrí, ¿se acuerda?

—Sí.

—Cuénteme, Angelito, cuénteme todo lo que recuerde.

—Ackerman y yo llegamos. Ackerman tocó a la puerta y esperamos. Yo me puse a mirar a los manes que jugaban billar al frente, que taquiaban y entizaban y nos miraban. Arriba del salón de billares hay un colegio: el José María Córdoba, de kínder, primaria y bachillerato aprobado. Usted fue la que abrió la rejilla de la puerta. Y allí mismo salió la canción que sonaba adentro: Yo vi llorar a un hombre ante un espejo/ por un amor que le negara el cielo/ si Dios me quita la luna no

me siento malo/ pero si me lleva a ti/ me lleva las estrellas. Ackerman le estaba diciendo a usted algo, un chiste malo, seguro. Yo estaba medio embobado oyendo la canción que salía detrás de su cara, como si su cara fuese un telón, un parlante. Me acerqué a la rejilla. Usted me vio, cerró los ojos, los abrió y abrió la puerta. Dijo: yo me llamo Berenice.

—¿Nada más?

—He tratado de recordar. En el nombre de quién, de Dios, he tratado, pero no me acuerdo de nada. Esta mañana que me desperté no me acordaba más que de su nombre y de su número. Y ahora, mientras le contaba todo, lo iba recordando. Pero nada más, se lo juro. ¿Qué es lo que me está pasando?

—Sí, ya voy.

—¿Cómo?

—Carmen me está jodiendo acá porque no cuelgo el teléfono. Yo no quiero que ella se dé cuenta de esto de nosotros. Hasta luego. ¿Viene a verme hoy por la tarde? ¿Sí, Angelito?

Y me colgó el teléfono.

Yo salí del cuarto de Miguel Ángel, Irma la dulce cantaba una canción, un bolero, y si me vio cuando pasé corriendo no lo sé, pues no me llamó ni me hizo señas ni nada. Yo me puse a correr por toda la casa, descansando en los nichos, en las esquinas, internándome en los bosques de helechos, seguro también hablando, seguro riéndome, tratando de pillar

el primer recuerdo de mi vida, ahora que no recuerdo nada, ahora que no necesito de memoria, como no sea para terminar de contar este cuento. Pero ella me ampara. Y me divertía desalojando recuerdos innecesarios, sufrimientos. Pegaba un berrido de samurái y golpiaba una pared, la pared hacía poof, un sonido hueco progresando en la casa desierta y así el recuerdo malo salía. Y ya tenía yo un espacio libre para atiborrarlo de un color, una canción, una sonrisa, un besito. Que pasaran los años y los años y no me abandonara nunca. Y que cuando yo estuviera bien viejito se acercara a mi cara, a mis orejas blancas y limpias y me susurrara cosas, colores del río para ponerme bien contento. Los policías me veían andar por allí y comentaban, yo los oía, se reían. Y el lunes, en el San Juan Berchmans, continué haciendo todas estas cosas extrañas, hablaba con el aire, con un pelo que me arrancaba, con las paredes hinchadas de recuerdos que yo iba sacando, uno a uno, y por supuesto las paredes se desinflaban, y de esto todo el mundo se daba cuenta, y había algunos que ya me querían pegar para que dejara de hacerme el loco. Pero los que algún día habían sido amigos míos se les acercaban y les hablaban al oído, déjenlo tranquilo que algo raro le sucede. Por ese entonces William y Ricaurte ya se acercaban a mí y me miraban con curiosidad, pero a mí no me importaba, quién iba a pensarlo. Sólo que se pusieron a decirme loco, loco por todo,

y ya era más conocido por loco que por Miguel Ángel. Yo le contaba todo esto a ella y ella se ponía bocabajo y me decía que se lo metiera más que nunca, que le rompiera la pared del fondo si quería, papito rico. Y a mí no me importaba mucho que me molestaran en el colegio, con tal de que no les diera por pegarme, con tal que no les diera por meterse conmigo, tratar de lograr alguna información, hablarme. Una vez en clase de Literatura el padre Mejía, animal como todos ellos, me dijo que le definiera “Género”, y yo no le di la respuesta que estaba en el libro sino otra más sabia que me inventé yo mismo. Entonces me dijo ¿Sí? Hágase el loco, y me puso un cero, y ese mes, claro, perdí literatura. De allí en adelante no volví a coger un libro del colegio para nada, para qué. Ese día no salí a recreo. Me quedé en la clase. Y escribí por primera vez el nombre de ella en el tablero.

BERENICE

Y más abajo el texto:

“Vengo de una raza notable por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones. Los hombres me han llamado loco. Lo cierto es que aquellos que sueñan de día conocen muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche. Diremos

pues que estoy loco. Concedo por lo menos que hay dos estados distintos en mi existencia mental: el estado de razón lúcida que no puede discutirse y que pertenece a la memoria de los sucesos de la primera época de mi vida, y un estado de sombra y duda que pertenece al presente y a los recuerdos que forman la segunda era de mi existencia. Lo que pasa es que soy muy feliz en la duda y en la sombra”.

Los muchachos leyeron eso después de recreo. Y todo lo contrario a lo que yo había supuesto, me molestaron, a partir de allí, cada día más. Pero valió la pena. Sobre todo por verles las caras a William y a Ricaurte, que leyeron y no supieron si el recuerdo que les producía, la sensación de nostalgia insoportable, venía era del pasado o del futuro. Y en todo ese día no atendieron a las clases, y se ganaron sus buenos ceros. Y por la noche seguro que no durmieron pensando en eso.

Yo, claro, seguía llamando a Angelita cuando se me daba la gana. Le trataba de explicar, trataba de contarle, hasta de recordar para ella. Pero ella nada, intransigente.

Vuelvo a aquel domingo, a aquella mañana ya lejana en la que yo me quitaba la piyama a toda carrera y corría desnudo a meterme al cuarto de baño de Efraín González. Abrí la llave y al principio me ponía como un poquito mosca, pues no subía agua caliente. Pero el agua se iba entibiando poco a poco, hasta que lograba una combinación legal. Qué bueno

es jabonarse por debajito, que con agua y jabón y todo se le pare a uno. No es sino jabonarse por debajito y pensar en ella de seguido. Son como cinco los sitios claves que hay que jabonarse. Luego cerrar las llaves con mucho cuidado para que no se fuera a desnivelar el agua, cosa de que no me cayera un chorro de agua helada cuando ya uno está dispuesto a secarse.

Luego entré, muy vestido y todo, en el cuarto de Irma la dulce. Ella me vio entrar y sonrió debajo de su pelo. Quise contarle algo, buscar, en mi soledad, ayuda. Decirle que no estaba puro, que anoche había conocido a una mala mujer y que por ella estaba dispuesto a dejar todo en mi vida, que por ella estaba dispuesto a dejar a Angelita, que por ella Angelita se quedaría dormida para siempre, sin nadie nunca más que la despertara.

Me le acerqué despacio, me le metí debajo de su pelo. Arropado y tibio le besé por segunda vez en esa mañana su frente agria. Qué tal venirme a vivir acá con Berenice, cuando Irma la dulce se muriera y me dejara la casa para mí solo. Qué tal mirarle la cara a la sombra sabia de los helechos, chuparle los ojos, amasar sus manos bajo el techo de sus antepasados. Para siempre, cuervo viejo. ¿Necesitaríamos entonces, ella y yo, a la policía?

Besé la frente de Irma. Estuve un rato juguándome la cara con su pelo. Luego le dije que me iba. Ella aflojó el cuerpo y

yo aproveché para salirme. Me sudaba todo el pecho, ¿me fallarían las piernas? No me preguntó nada. Cuidado con el sol, fue lo que me dijo, y estiró la mano, los dedos, y con los dedos acariciando el aire pútrido de su cuarto se quedó sola, pues yo salía corriendo y corriendo ganaba la salida de esta casa grande, más allá del ventanal de la bella Abigail Smith: ella misma preparó la masilla, cortó y colocó los vidrios. Era para recibir el sol sin tener que salir de casa, que no le gustaba. Fue novia y luego esposa de don Carlitos Valderrama Rincón, el que estudió en Estados Unidos. Los policías dicen que todavía la ven.

Entonces salí al día.

Tuve que cerrar los ojos hasta que contara tres.

Luego los abrí y oí mejor el río. Un mango maduro que cayó a mis pies, alegre de mi presencia en el mundo. Lo recogí y me lo fui mordiendo, sintiendo las hebras que se quedaban prendidas en mis dientes de conejo, buitres anaranjados, corazón lleno de gracia, ave nocturna de corto vuelo, amor loco, amor profano, nunca en domingo, la escuela del odio, esplendor en la hierba, mis zapatos que avanzaban en la hierba sin cortarla ni doblarla, chicharras locas reventadas en la mitad del canto, matachicharras, dos policías que descansaban tirados debajo del ciruelo y se pusieron firmes al verme. Patroncito. Y yo en aquella mañana trataba de caminar despacio, de

que el alejarse de mis pasos no me hiciera perder el sonido del río, la crecida que se pegó anoche. Yo levantaba la cabeza y miraba al cielo y al sol hasta contar siete sin cerrar los ojos. Pedacito de principio. Condición, cabalgada, escuadrilla Lafayette, pueblo embrujado. Y así tocaba el grosello y lo mecía levemente y el grosello conmigo se portaba fresco, dejaba caer grosellas sobre mi cabeza. Y si ya sonaba en la ciudad un grito, una sirena, yo no los oía por nada del mundo, no hasta que caminara aún en mi territorio, condición de amo. Pensé en Angelita: que si la llamaba se iba a poner el vestido azul de campo, iba a estar más bonita que ninguna para verme. Pero no había caso. Yo caminaba y caminaba, y si hacía viento los árboles lo dejaban pasar fresco para que llegara a mi cabeza, abanicara mi pelo. Y yo era muy feliz, pequeño coronel, condición de huida hasta que se acabó el pasto y me agaché para cruzar el alambre de púas. Al otro lado un cartel: “Artemo Franco Mejía vende”.

Dos centímetros más allá del alambre de púas, comienza una ciudad de un millón de habitantes. Hacia allá me interné por una avenida de dos vías. Vi cabezas que se cubrían con maletines negros, trapos, libros gruesos para no recibir tan directamente este sol maldito. Yo veía a la gente y como siempre me ponía a pensar en mis cosas. Hasta que un carro se me iba encima y me tocaba salir despavorido hacia

cualquier acera, y allí una nube de gas me confundía, mientras alguien me empujaba y otros me saludaban. Pero yo caminaba siempre hacia adelante. Y al lado mío corría, perezoso, aquella porción de río fuera de mi casa que ya no me interesaba nada. Yo miraba a los edificios de treinta pisos, a los obreros construyendo edificios con las manos o derrumbando casas a martillo. ¿Y las casas con piscina? ¿Condición de frescura eterna? Tres compañeros míos del San Juan Berchmans con vestido de baño en las manos que me saludaban desde la otra acera. Yo los miraba agitar los vestidos de baño y no les decía nada. Seguía caminando por la Avenida Colombia, toda la Avenida Colombia hasta coger la calle 15, y de allí bajar a la carrera 15. La gente susurraba que el calor, que un fresco, que un raspado, gemía que el calor. La gente esperaba bus junto a un muro buscando la sombra, chupando piña, evitando el polvo. Pasaba el bus y no paraba y levantaba kilos de polvo. La gente gritaba, muchos de ellos armados. Yo atravesé la carrilera de la 25, caminé hasta el teatro María Luisa y allí miré las vistas un momento. A Angelita le hubiera gustado ver tal película, pero ella qué iba a venir al teatro María Luisa. En cambio yo soy muy progresista. Cuando me aburrí de ver las vistas, preparé mi ánimo para caminar cuatro cuadras más, hasta que me llegara a la calle despavimentada por la que nunca pasó un carro, bendita sea. Contar seis casas a

partir de la primera esquina. Tocar en la séptima puerta. Y cómo era de feliz mirando a los que jugaban billar al frente, en el primer piso; a los que estudiaban kínder, primaria y bachillerato en el segundo piso. Esperando yo a que ella se asomara por la rejilla y abriera la puerta.

Cuando la abrió, yo emprendí posesión de luz. Allí, delante de ella, pensé un montón de cosas raras, me puse a hacer poesía mala. Estaba loco de la dicha, no importa que perdiera la memoria, que los ojos se me llenaran de muerte, que el pelo se me secara todo de tanto sufrir tanto. ¿Qué es lo que está diciendo?, me dijo ella, tomándome de la mano para que Bolívar viera que era amigo y no me ladrara. Yo no le dije nada, dejé que ella me pasara por allí. Las mujeres salían de sus cuartos y me saludaban con cariño. La vieja Carmen jugaba parqués con María del Mar en el saloncito del fondo, al lado del televisor. Yo le hice quiubo con la mano, tímidamente, amigos míos. Y ya podía sentir la risita de ella, el resuello pequeñito de felicidad.

¿También condición de angustia, de transporte?

Que vinieran todos mis amigos de la Sexta y me leyeran. Tú no eres mi amigo / ¿amigo de qué?

Me metió a su cuarto, y allí yo hacía castillos de naipes, castillos en el aire.

Mucho tiempo nos seguimos viendo, hasta que un día me dijo que se iba, luego de que hizo que yo me partiera en

(tres), me dijo que se iba. Que desde chiquita no había soportado vivir en una ciudad más de dos años, así que se iba para Tabogá, a otro clima. Trató de explicármelo sin que yo sufriera, lo mejor que pudo: tocaba las paredes arriba y abajo y a los lados, se jalaba los pelos, respiraba hondo y se atragantaba para que yo me pusiera a compadecerla. Incluso un día se propuso oler feo por primera vez en su vida, para que viéramos que era verdad que necesitaba irse a Tabogá.

Yo fui el primero que la conoció en este mundo de Dios, el primero que la miró e inventó el color de sus ojos y a lo que sabía su piel cuando yo la besaba. Yo volví en aquel domingo, en aquella mañana que con tanto apego he contado. Volví cuando no podía más con esta sensación de presencia suya metida en mi cuerpo: “domingo de mi (tu) regreso”, lo llamaba Berenice. Que estuvimos todo el domingo metidos en su cuarto, que afuera la vieja Carmen tocaba y tocaba la puerta, que el tiempo valía plata, y ella me decía que me tapara, Angelito, que no escuche. Regresé a ella en ese domingo porque por ella había perdido la memoria, porque no recordaba qué era lo que más le gustaba que le hiciera: que le chupara los senos tardes enteras, o que imitara a una araña con mi mano, que me pasara las tardes recorriendo de sus rodillas para arriba, de sus rodillas para abajo con mis dos arañas. Regresé para recordar que la quería. Para sentir de

nuevo cómo era que le dolía, o entonces, ¿qué era lo que le pasaba? Porque de quejarse se quejaba. Y yo que le preguntaba ¿te duele? Y ella me respondía que no, no Angelito, ¿ese es tu verdadero nombre? Sí, me llamo Angelito, y no le dolía, que le siguiera haciendo, que era rico. Y no creo que nadie en el mundo terminara como yo los días, que me metía después a cine y hasta la oscuridad, el silencio y el perpetuo movimiento se me parecían a ella. Y por la noche caminaba hasta mi casa, y nunca fui igual de cariñoso con mi madre y con los policías. Llamaba a Angelita y le contaba, no todo pero sí algo, mejor dicho trataba pero no podía. Qué iba a poder. Entonces le inventaba: le decía cómo se le ponía la cara cuando me sonreía, que había encontrado mi verdadero nombre y se lo había aprendido de memoria y no hacía otra cosa que repetirlo todo el día. Que se llamaba Berenice. Angelita se quedaba callada y yo podía oírle sus sollozos día mentiras, y de vez en cuando su papá, su mamá que gritaba, porque ya por esa época Antonio Rodante había amanecido muerto de miedo, lo encontraron con la boca abierta y con los ojos muy abiertos y todo el pelo parado, él que lo tenía tan liso, y las uñas enterradas en las manos, y todo de color morado, pobre Carevaca. Angelita me decía que ya lo de ella no era vida, que le habían puesto en la mesa de noche el despertador más grande del mundo, que por qué no la iba

a buscar aunque fuera un día. Pero si yo hubiera ido no me habría reconocido, seguro. Ya no era ni mi sombra. Recién conocí a Angelita todo el mundo me dijo que había cambiado: cuando conocí a Berenice la gente se quedaba era reconociéndome. Irma la dulce, creo, ya no pensaba en mí. Se la pasaba cantando boleros de la vieja guardia, cepillándose y cepillándose el pelo. Por ese pelo murieron muchos hombres. Y a mí me parecía que ella estaba feliz, que a la larga la pasaba chévere. Y ahora que ya nunca la abandono, con saberme aquí en la casa, frente a la ventana, ella tiene. Y hay días, veranos enteros en los que me habla de lo que piensa hacer cuando llegue la otra navidad: va a cortar el pino jecho y lo va a adornar igualitico al primero que adornaron ella y mi padre, que no tenían cinco centavos y pintaron bombillos de rojo y amarillo, y así adornaban el árbol, de eso, ¿cuánto hace? Angelita me decía por teléfono que no la subestimara, que ella era capaz de comprenderme, que malos días nos llegaban a todos, Miguel Ángel. ¿Cuál Miguel Ángel? Entonces que le tuviera lástima. Y yo claro que le tenía lástima. Que ya no miraba a nadie, que le daba vergüenza mirar a sus amigos en la cara, que no veía la luz del sol desde hace cuántos días. Y que Lulita la buscaba y ella nada. Claro que yo la escuchaba atentamente, mejor dicho me esforzaba, pero no podía entenderle casi nada de lo que decía.

Yo salía del colegio y caminaba en silencio hasta la casa de la vieja Carmen, sin molestar a nadie. Que aprendieran de mí, ¿dígalos? Si llegaba tarde, ella no me decía nada. Sólo que se ponía a mirarme entre ceja y ceja, y ya con el paso de los años se me hacía difícil resistir mucho esas miradas. Pero ¿por qué me trataba así? ¿Y si yo me hubiera puesto a regañarla? Motivos yo sí tenía: ¿Qué tal el gordo ese que venía a verla todos los viernes desde Caracas? Llegaba en el avión de las cuatro y se iba en el de las nueve. Ella me había pedido que nunca la dejara sola. Yo le abría la puerta de la casa al gordo, yo era el que lo saludaba muy correcto, y nos sentábamos los tres en la sala, yo le sonreía mientras ella lo acariciaba y le besaba la calva. Y cuando él decía que se metieran al cuarto, que ya estaba cansado de tener al pelado ese al frente, ella hacía todo lo posible por demorarse otro ratito, le hacía pedir más trago o se ponía a contarle una película. Para no perderme tanto. Después, cuando el gordo ya quería cerrar la puerta, ella la atrancaba con un pie, y si yo pudiera recordar la manera como ella se despedía de mí, diciéndome hasta mañana: su boquita que aún podía verla en la raya de la puerta abierta hasta que Clami el gordo la cerraba. Ojalá nunca le hubiera machucado la boca. Yo me quedaba allí un rato más, acariciando a Bolívar o dejando que la vieja Carmen me enseñara a jugar parqués como nadie en el mundo. Una

tarde le gané y no quiso volver a jugar más conmigo. Luego yo salía de allí y miraba a los niños que jugaban al frente, a los manes que jugaban billar. Y seguro yo les sonreía. Si hubiera querido habría podido acercármeles y hablarles: no era amigo de ellos pero me querían, seguro. Les hubiera dicho que al frente había un venezolano, un gordo venezolano, nada menos. Que no estaban contentos con robarnos todo el petróleo de La Guajira, que ahora lo que hacían era venir acá llenos de plata a picharnos a las hembras, ¿que por qué no íbamos y lo sacábamos? Me hubieran dicho que sí, seguro. Lo hubieran agarrado a bolazos de marfil y a tacazos entizados. Le hubieran enterrado los tacos en la barriga. Los niños del kínder del segundo piso untarían las tizas en su sangre y corra a hacer operaciones en el tablero, pero la sangre ya estaría seca antes de saber los resultados. Pero no, yo nunca le hice nada malo. Los muchachos me veían perderme con las manos en los bolsillos, y tal vez hasta decían cosas de mi espalda, cada día más encorvada. Yo no le hice nunca nada malo al gordo. Él siempre le dejaba cinco billetes de quinientos bolívares, y yo pensaba en eso y llevaba mejor mi pena, porque ya con tal moneda ella podría vestirse como la dama que era. Y además tenía para los tarros de leche Klim de su niña, la pobrecita niña con el pelo color racimo de lunas que tanto se parecía a su madre, y con una tristeza tal que no

hacía otra cosa que mirar al suelo el día, lloraba mirando al suelo como si en el suelo estuviese la causa de su futuro, de su desgracia. Después vine a saber que ella nunca tuvo ninguna niña, y estuvo llorando cuatro días seguidos cuando yo le dije mentirosa, tanto que al fin me dio lástima al ver el estado de sus ojos, pobrecita, se los besaba y la invitaba a su cuarto, y la vieja Carmen haciéndome mala cara. Y ella que quería que repitiera su nombre, que yo era lo único que tenía en la vida, Angelito, las letras de mi nombre, ¿sí?

Y un día como cualquier otro, como el día que nos anunció que se iba, me dijo que le trajera a dos amigos míos. Porque no quería seguirme viendo así de solo, porque la presencia de ella era pura condición de soledad y no quería eso, porque sufría mucho al verme así, porque me estaba poniendo viejo, y porque me dejara de ser tan bobo si creía que ella iba a malgastar su amor en una sola persona, que me dejara de ser tan bobo y que dejara de ser tan egoísta, que así como iba me volvería loco en un momentico.

Yo no tengo amigos, le dije.

Entonces tráigame a los dos primeros hombres que se encuentre al voltiar la esquina. Y yo salí de allí a obedecerle, pero a mi manera. Tenía que buscarlos en el San Juan Berchmans, rendirle fidelidad a mi colegio, donde hay un Berchmans hay un caballero. Llegué temprano, me metí a la clase vacía y

esperé. Y los primeros mancos que entraron fueron William y Ricaurte, comiendo mango biche con sal y hablando de matemáticas. Yo les expliqué la cosa en dos palabras. La única pregunta que me hicieron fue: “¿Berenice? ¿Qué clase de nombre es ese para una puta?”. Y esa misma tarde la conocieron en el mundo. Al otro día Ricaurte compró un cuaderno Norma de cien hojas para llenarlo con su nombre.

Ella me decía que era como volver a conocernos, como volver a nacer, Angelito. Y yo le creía. Y los miraba y pensaba en mis cosas, en lo feliz que era, locomotora, dragón diurno, caballeros perdidos en el tiempo, cortador de pasto, pipa de la paz, soldadito muerto. ¿Se me entenderá? Ella se iba dizque a ir después de que me había cambiado, hallado mi nombre, después de que dejé de ser yo para ser como un equipo, hasta el punto de que todo concepto sobre la individualidad había desaparecido. Había aprendido a hablar, a sentir, por los ojos de los otros. Allí era donde empezaba la verdadera sabiduría, me decía ella, y yo le creía. Y así y todo, ella se iba a ir pa Tabogá.

Lo que quiero decir es esto: ¿qué habría pensado yo al despertarme en el primer día de su ausencia? Todo el mundo me hubiera dicho mentiroso, tanto que te radicalizaste para no quedar en nada. Mentiroso me dijo Ricaurte cuando le vio los ojos y supo que no eran como yo le había contado. Pero

¿qué iba a hacer yo si no se podía? ¿Qué iba a hacer, dejarla partir, amarla una última vez y chau? Ricaurte tenía una novia que se llamaba Clara, como clara de huevo. Pero él si no la dejó por Berenice. Ricaurte mi amigo no era como yo, aunque también se trastornaba con los dientes de Berenice, hasta el punto de que Clara le preguntaba qué es lo que te pasa, que a toda hora quería lamberle los dientes. Y él hacía cara de idiota y le decía será que los tenés muy lindos Berenice.

Ella nunca dejó de cobrarnos. Cada vez que íbamos, al principio, teníamos que pagarle veinte pesos. Precio especial, eso sí. Y William, como sus papás no eran de moneda, tuvo que comenzar a vender todos los objetos de plata que encontraba en baúles, armarios y demás recovecos familiares. Y comenzamos a llenar los tableros de la clase con las ocho letras de su nombre a dos colores, y los muchachos que me preguntaban qué quiere decir eso, ¿es el nombre de una hembra? Cuál hembra, les decía yo, es el nombre de un cuento. ¿Cómo hago ahora para darle una palabra, un nombre, al simple hecho de haberme conocido, de hacer que adaptara una memoria para tres, de haber juntado y exprimido nuestros cuerpos? Y llegando el nuevo día yo trataba de repasar el anterior, cuestión de ver si agarraba una pista, si podía llegar a recordarla. No había caso. Era como si nunca hubiera estado contigo, esa era la verdad: te olvidaba. Ella no concedía el regalo del recuerdo,

no se podía, ¡qué tal el recuerdo de ella en mi poder, qué tal! Yo la había gastado, envejecido, chupado.

A William siempre le cayó en gracia que al frente hubiera una casa en la que funcionaba un salón de billares en el primer piso, y arriba un colegio de kínder, primaria y bachillerato aprobado. Ese fue el día que los llevé a ella, que se demoró tanto tiempo con William adentro. Que cuando salió William trató de contarnos todo, y hasta se acercó bastante a la realidad porque apuntó en una libretica las caricias que le hizo, las palabras que le dijo. Que quería emborracharse, decía William después de leernos los documentos, que estaba en un tratamiento para los barros a base de antibióticos pero que quería emborracharse, que quería morir. Pero no se murió ni se intoxicó ni nada. ¿Amanecer al otro día en las calles, en los parques? ¿Que me recogieran los barrenderos de las cuatro de la mañana? Que viniera Irma la dulce a recogerme, mi amada Angelita, las personas que tenían la obligación de protegerme. Sólo necesitaba una mano que me guiara, un consejo, y yo hubiera podido olvidarla, enrutarme por el buen camino. Su amor no bastaba para mí solo, tuve que buscar a dos personas más para pagar el derecho a amarla. Eso le hubiera dicho a Irma la dulce, que me apartara de esa mala mujer, hubiera llorado en su regazo. Y ella seguro me habría llevado donde un siquiatra.

Ahora, con los años, es que pienso en esa especie de profecía que era ella, en ese destino ya planteado y solucionado en su mente que hablaba únicamente de Angelito, de conocerlo, de amar a Angelito. Cuando yo los llevé a ella y ella los miró y les dijo amores, yo pensaba en mis cosas, la casa de bambú, la casa del sol naciente. Eran esos días felices, mucho antes de que yo llevara a regalarle el cuento de Edgar Allan Poe que se llama “Berenice”, en el que un hombre le arranca los dientes a su esposa. La entierra viva nada más que para sacarle los dientes y meterlos en una cajita transparente. Entonces, después, cuando nos reuníamos donde la vieja Carmen y Berenice leía el cuento en voz alta, una y otra vez, mientras Bolívar, manso y solo, escuchaba, yo ya iba comprendiendo, palabra a palabra, la razón de mi sabiduría, y proclamaba de antemano mi inocencia.

A mí no me gusta hablar mucho ni de William ni de Ricaurte, mis compañeros. Yo nunca los entendí bien, por eso es que no quisiera ahora tratar de explicar sus comportamientos. Por su parte, Ricaurte tenía novia. Entonces a William, yo no sé cuándo exactamente, le comenzó a gustar una pelada que se llamaba Marta. Qué nombres tan simples, todos de cinco letras. Y un día William fue y se le declaró, y tan de malas, Marta le dijo que no. El hecho fue que en un buen día que estábamos en clase de Química, apareció la mujer más bella

del mundo, entró al salón y ni me miró siquiera, ¡y se llevó a William de la mano! Yo ya ni recuerdo cuánto tiempo ha transcurrido desde aquello, en fin, son muchas las veces que he intentado llorar en vano, pero no es eso lo que quiero decir. Lo que digo es que ninguno de los muchachos, ni el profesor siquiera, ha podido expulsar de sus mentes ese como vago recuerdo que les habla de un día de sol como todos los días del año, y de una mujer maravillosa partiendo en dos la vida y la mañana, entrando a clase de Química y llevándose a William de la mano. Después, William lloraría encima de sus pechos, lloraría en silencio, dejando que el cuerpo de ella se sumergiera, chapoteante, en el cuerpo suyo. La vida había subido por ese entonces, y Berenice nos cobraba ya cincuenta pesos, y como William no tenía nada de moneda en el bolsillo, se vistió, corrió a su casa y escondió en papel periódico cuatro copas de plata, último recuerdo de su primera comunión. Vendió la plata a peso el gramo, doscientos veinte en total, y todo se lo regaló a ella. A la mujer de ojos irritados de tanto hacerle compañía a su llanto, que le preguntaba que cómo era esa tal Marta. Nada.

Esto que sigue debe ir en nombre de los tres, pero naturalmente, el autor soy yo:

“No sabemos a qué obedece tu presencia, pero estás allí, amor, totalmente desarraigada de lo que nos rodea. Estás allí

solo para que podamos amar, dispuesta nada más a que nuestros cuerpos pataleen enchuspados en el tuyo y se revuelquen por turnos o a un mismo tiempo en tus entrañas dulces y jugosas. Y ya lo ves, estoy hablando de ti otra vez, sé que no se puede, que es imposible, pero no importa, me gusta inventar. Nada importa si total, hundimos la cabeza entre tus senos y chupamos tu pelo como si fuera apio. Adivinamos lo que está sintiendo tu cuerpo cuando tus rodillas nos golpean, nos maltratan en su orden de que convirtamos todo lo que te pertenece en una bella masa líquida. Y vemos nuestras caras retratadas allí donde sabes que está la palabra felicidad escrita de la forma más desconocida. Yo le tomé una fotografía y al revelarla, no había más que un relampagueo manchoso. Ni siquiera una cámara fotográfica pudo llegar a recordarla. Ella metía la mano entre mis piernas y agarraba todo, y así dormía. Repetía que sólo nos tenía a nosotros, que fuera de nosotros no existía nada, porque juntos conjurábamos a la eternidad. Nos empujaba hasta el borde de la cama. Descolgaba las piernas y nosotros, apoyados sobre la pared, nos tirábamos de cabeza por el único camino que había en el mundo. Y nos dijo que se iba a ir, y la vieja Carmen que tocaba a la puerta para que le apuráramos. Pero nosotros jamás saldremos”.

Bueno, ella se iba a ir. Y, ¿qué hubiera hecho yo, irla a despedir al aeropuerto? ¿Verla con su maletín de hembra, vestido

de dama, caminando por largos pasillos, abandonando el sol de Cali? O llamar al otro día a Angelita, antes de las nueve, y decirle he recapacitado, ¿he vuelto?

Hace quince días salí graduado de bachiller. Apareció una foto mía a dos columnas en los periódicos. Irma la dulce está que baila en su cama de contenta. A mí lo que me hubiera gustado es que Berenice hubiera estado presente en el acto de clausura del Año Escolar, para que oyera al padre Rector pronunciar solemne discurso en el que ensalzaba el dechado de virtudes de los jóvenes graduandos, merced a las cuales éramos, sin ninguna duda, el auténtico futuro de la patria.

Quisiera tenerla aquí a mi lado para contarle que Ricaurte aún le chupa los dientes a su novia. Que Marta, la de William, fue atropellada por un carro fantasma. Le contaría también que el único que sintió de veras su partida fui yo, que tanto William como Ricaurte se van a estudiar ingeniería a los Estados Unidos, William con una beca, como si no hubiera pasado por acá nada. Le contaría también que Angelita viene a visitarme, que me coge la mano y me habla desde muy cerquita, me cuenta historias de niños, como si con eso me fuera a encontrar algún consuelo a su ausencia. La próxima vez le voy a decir que por favor se olvide, que por favor no vuelva. Ya no quiero seguir estudiando más, para qué, pedazo de cordero. Ahora sólo tengo tiempo para mirar a mi

ventana, la que antes era de Abigail Smith, y que yo he convertido en una ventana con forma de aguja y forma de iglesia, iglesias como esas que salen pintadas en las enciclopedias. Y también tiene forma de aguja, de ojo de aguja. Y la cúspide de la iglesia y la punta de la aguja están sostenidas por seis barrotes largos, grises, en forma de lanza. Y mi mundo mide 3 x 1,76 metros. Y mi mundo posee tres centímetros de cielo limpio, más allá de los árboles, más allá del edificio de cincuenta y dos pisos que levantaron al otro lado del alambre de púas, y que me robó casi todo el cielo de mi mundo. Y en las noches no puedo ver la luna. Pero entre barrote y barrote veo la muerte de los árboles, los mangos que caen y se quedan, los policías, lo que hace el Río. Y los boleros de mi madre que me acompañan a la distancia. Y me la paso pensando en mis cosas. Recuerdo que el hombre tuvo que enterrar viva a su amada para extraerle los dientes que le habían negado toda paz; eso lo relató el mayordomo, que los dientes cayeron de la cajita transparente y rodaron por el suelo. Soy nave sin regreso, un amor en vano, un terco peñador de medianoche. Yo guardo los siete trocitos blancos que arranqué de sus encías. Tuve que botar el resto porque estaban llenos de caries. Raíces del cielo. Yo poseo una caja negra, pulida, redonda, en donde guardo las puntas de sus

senos y bien conservado ese par suyo de ojos, y un poco de su pelo. Y ahora voy a comprar un equipo completísimo de aire acondicionado.

Ven a visitarme.

1971

EL TIEMPO DE LA CIÉNAGA

A LAS SEIS ME DESPERTÓ LA SIRVIENTA, Y YO ESTABA soñando uno de esos sueños que hacen que primero me levante sobre un codo y me ubique, no es que pregunte dónde estoy, quién soy, ni ninguna de esas tonterías, lo que pasa es que tengo que acomodarme a la tristeza, o aceptar que la desesperación es la única vía de acceso a todo en este nuevo día, y decirme que son las seis, que hay colegio, que a las ocho tocan la campana y cierran la puerta, que estoy empezando quinto y sólo me falta lo que queda de este año y otro, que podría decir renuncio e irme a vivir al campo con las cabras, pero entonces quién se queda cuidando a mi madre que no tiene ni cuarenta años y ya se está muriendo (y todavía bonita), en eso pensaba yo y la sirvienta mirándome, no sale hasta que no me vea bien despierto, parado, listo a quitarme la pijama y a agarrar una toalla, ella siempre me prometía

que había agua caliente, después de bañarme pasaba por el cuarto de mi madre a darle los buenos días y a llenarla de besos, ese día era un martes después de un puente que abarcó viernes, sábado, domingo y lunes, y a mí siempre me pasa que después de los puentes estoy creyendo que es lunes, así que sin saber que era martes cogí fue el horario del lunes: Religión, Química, Literatura, Historia y dos horas de Física inmediatamente después del almuerzo porque este año ya nos instalaron la jornada continua, pero no fue sino después que me di cuenta que era martes, menos mal que los lunes y los martes coinciden Religión y Física, pero había un trabajo de Civismo que no llevé y el cura me puso cero, y yo ya quería aplastar mi cara, golpearme la frente contra el pupitre para que vieran mi angustia, había salido de mi casa a las siete y cuarenta y cinco porque tuve un problema con la sirvienta que me sirvió el café frío y yo me le entré a la cocina pisando duro y traté de regañarla pero ella no se me dejó, tuve que tomarme el café frío sintiendo que se me volvía un ocho el estómago de la rabia que tenía, cómo poder decirle que no se metiera conmigo, que yo vivía atormentado por problemas que ella ni imaginar podía pues no contaba con la capacidad intelectual para hacerlo, que el que me lavara la ropa, me tendiera la cama y me hiciera la comida eran puros accidentes, una situación que ni ella ni yo podíamos modificar, que se

limitara a trabajar callada y a cobrar su sueldo, y sin necesidad de comunicárselo que se diera cuenta de mi profundo desprecio por su debilidad, por su corrupción, qué es eso de dejar su tierra, el campo, y bajar acá a convertirse en sirvienta de esta sociedad para que yo pueda llegar temprano al colegio y bien alimentado para rendir en el estudio, y había días que ni siquiera me tenía agua caliente y yo me ponía furioso, golpiaba los azulejos del baño, me daba contra las paredes, tendía a enterrarme las uñas en las palmas de las manos, y el agua fría cayéndome inmisericorde en mi espalda, yo nunca entendí por qué era que me hacía todo eso, podemos hacernos la vida soportable, era lo que yo le decía, no es sino cuestión de mutuo entendimiento, ahora que mi madre está enferma a cada rato se le pierden los vestidos y yo sé que se los roba la sirvienta, lo digo porque me he metido a su cuarto y le he esculcado el clóset y se los he visto, es decir me consta, pero no le digo nada a mi mamá y yo, bueno, trato de hacerme como el que si nada, además mi mamá ya para qué vestidos, se mantiene todo el día en la cama con la pijama que era de mi papá, antes hablaba de las ventajas que traía el decidir no salir más de la cama, no más problemas, pero ya ni siquiera habla, yo salí de mi casa un poco preocupado, crucé el alambre de púas que marca los límites de mi propiedad y tuve que coger un Rojo Crema que caminó despacio y claro, ya eran

las ocho cuando llegué al San Juan Berchmans, ni un alma en los alrededores, la puerta ya cerrada, tuve que tocar y tocar de la manera más triste hasta que el portero se asomó por la rejilla y yo le pedí el favor que me abriera y me dijo que no, entonces le supliqué que me abriera y seguía diciendo que no, primero que no podía, luego que no le daba la gana porque yo le caía gordo y que no me abría, entonces le dije que si me abría me dejaba pirobear, y él me abrió pero todavía mirándome con odio, cuánto hace que tocaron, le pregunté yo pero no me contestó, yo apreté bien los libros contra mi pecho y me doblé, él primero me puso las manos en las nalgas y me las sobó un rato y luego con una sola mano me tocó por el medio hasta que yo me voltié y le dije ya está y él ni protestó siquiera y yo salí corriendo de allí, todavía pensaba alcanzar a responder lista, cómo me quedaría cuando entré a la clase y era martes, me encuentro no al cura de Religión sino al cura de Civismo y apenas me estoy sentando me pide el trabajo que no he traído, esta mente lenta que tengo, me pusieron un cero en Civismo, comí tanto a la hora de almuerzo que en las dos horas de Física me la pasé con una bola en el estómago y unas ganas de echarme y conciliar el sueño, además que no entiendo nada de Física, desde hace un año la gente se ha estado sospechando que soy un poco bruto, al principio me aterró y daba berridos por toda la casa, pero ahora me limito

a subir los hombros: no es más que una indiferencia por todo, no emocionarme desde que estaba chiquito, saber que hay cosas que uno no entiende y es como si no existieran porque mi mente no da para más sencillo, cuando tocaron la campana para salida yo pedí al cielo que nadie se me acercara, que nadie me conversara, poder salir como soy de solo, me pegué a una pared y logré cruzar la puerta con cierta facilidad, entre los primeros, afuera me puse contento por el sol que hacía y que a nadie le gusta, todo el mundo salía protestando por el calor maldito, pero a mí el calor me llena de ánimos, a lo que le tengo terror es al frío, también le tengo terror a encontrarme al papá de una novia que yo tuve de mentiras y ella creyendo que era de verdad, no me gustan las mujeres, que se la quité a un amigo y mi amigo de la pura desesperación se fue de Cali buscando el mar, y ahora al que le tengo miedo es al papá de ella porque sé que está loco y que es ubicuo, me lo encuentro en el norte y en el sur, una vez en mi vida he viajado a Bogotá y allá me lo encuentro, me fui caminando por la orilla del río, bien despacio, mirando el agua, las piedras negras, le tiré piedras a las vacas, como hago siempre, y ya casi llegando a mi casa me metí por el último lote para acortar camino y además porque me gusta caminar en medio de la maleza, cruzar los montes, y resulta que me encuentro con una muchacha de mi edad, de pelo largo, camiseta de rayas

y bluyines americanos, yo nunca la había visto por el barrio, cuando yo me le acerqué me sonrió porque la camiseta mía era igual a la de ella, qué bruto, fue una sonrisa tan linda, tan limpia, que yo no tuve ningún problema en decirle hola y en preguntarle su nombre, se llamaba Angelita, me quedé toda la tarde con ella allí en ese lote, estuvimos arrancando hojas para un herbario que ella tenía, al final, de pura aposta, nos rayamos los brazos con esas hojas largas y filudas que tanto abundan en los lotes, que también sirven para hacer zepelines, y ya haciéndose de noche salimos del lote cogidos de la mano, al otro día yo fui a verla en el esperadero y me contó que lo que más le gustaba era leer poesía, “El más noble de los oficios”, así me dijo, y yo quedé muy impresionado, tanto que esa noche traté de escribirle un poema pero no pude y desesperado, tumbando sillas, rebusqué entre las cosas de mi madre y encontré este poema que se lo hice a ella en un Día de la Madre cuando yo estaba muy chiquito, tanto que no tengo memoria de si lo inventé yo o lo copié de algún libro, el poema, adaptado para Angelita, dice así:

Angelita, Angelita tú me besas
pero yo te beso más
como el agua en los cristales
son mis besos en tu faz
te he besado tanto, ¡tanto!

que de mí cubierta estás
y el enjambre de mis besos

no te deja respirar, fue por allí que fui descubriendo que yo también amaba la poesía, fui aprendiendo a escribir, ella me daba un mensaje cerrado y yo le daba otro para que lo abriéramos al mismo minuto de la segunda hora de la mañana, a cuántas millas de distancia, ella en el Sagrado Corazón, yo en el San Juan Berchmans, ella me decía que estaba igual de sola que yo, igual de aburrída estudiando bachillerato, y a ella también le parecía una mierda la sociedad, procuramos dejar de ir todos los sábados al Club, sólo íbamos cuando había una fiesta importante como la del 28 de diciembre o una competencia de natación que a ella le gustaban mucho, y yo sufría porque nunca he podido nadar bien, no es que no nade bonito sino que nado una piscina y me ahogo, también nos aficionamos al cine, íbamos todos los días a las tres y media, ella decía en su casa que era que estaba estudiando más que nunca, yo sí no tenía que inventar nada porque mi mamá nunca me pregunta, al final creo yo que nos comprendíamos mucho, y cuando a ella le daban las locuras que le daban con la luna yo la calmaba, me le portaba fresco, mejor dicho la pasábamos bien, y de tanto leer poesía y de tanto ver cine nos fuimos volviendo muy *progresistas*, por ejemplo dejamos de ver con buenos ojos, como cosa normal, que para todas

las fiestas tuvieran que alquilar policía para defendernos de la gente del Sureste, y tanta pelea en la calle y la policía en toda parte, que al final era que me estaba poniendo nervioso andar en medio de tanta policía, se vinieron a destapar crímenes horribles, a Danielito Bang, uno del San Juan Berchmans, lo descubrieron cómplice de antropofagia en pleno siglo xx, pusieron una bomba en el Colegio Bolívar que es todo de gringos, bombas en el Dari Frost y en la Librería Nacional que también es manejada por gringos, y los de mi clase que tienen a los papás o los hermanos en la Guardia Civil me decían que ya habían agarrado culpables y que los estaban metiendo en celdas con una fosa y un péndulo, ante toda esa violencia, que no comprendíamos y nos sentíamos extraños, pensábamos irnos a vivir al campo una vez termináramos bachillerato, hasta que ella me vino con el cuento de que las islas Encantadas, y por allí derecho leímos todo Melville y aprendimos a temer al mar aún sin conocerlo, ella sí había estado una vez en Santa Marta pero yo sí nunca, en esa época fue que concebí la idea de un cuento que nunca llegué a escribirlo: un hombre se confunde por el mar de tanto leer a Melville y se echa a la mar en busca de Las Encantadas creyendo encontrarse con aquel territorio desierto mágico que leyó en los libros, cómo se quedaría al ver que allí donde leyó una gruta, un albatros, hay ahora un hotel, un aeropuerto, un

casino, eso también hacía parte de mis terrores, porque mis terrores seguían siendo encontrarme con el padre de aquella novia lejana, son muchas las veces que he tenido que bajarme de un bus cuando él se sube, cojo a Angelita de la mano y le digo bajémonos y ella obedece sin preguntar porque aunque le pudiera explicar no entendería, otro terror mío es soñar con un hombre que se pasa la mano por los dientes y es como si se pasara la mano por el mentón y seres sin mentón, tampoco puedo tratar de explicárselo porque hay cosas que dejan de significar apenas tratamos de encontrar un signo, un código que les dé expresión, así que ella tiene que soportar su ignorancia de mí si vamos por la calle y yo pego un grito en mitad de la calle o me jalo los pelos, y es porque tengo que estar en guardia desalojando pensamientos impensables, innominables, o si no me muero, debo decir que al final nuestro progresismo tenía como meta, como autoconfirmación, internarnos en un barrio del Sureste y meternos a un teatro de segunda, digo, sobre todo cuando nos cogió un aburrimiento mortal por los teatros de estreno, tanto que se vio en peligro nuestra afición por el cine, un viernes vimos que daban *Más corazón que odio* en el teatro Libia, y ese día estaba lloviendo, seguro fue la lluvia la que nos animó y averiguamos qué bus coger, el Rojo Crema que también pasa por Santa Teresita que es donde vivimos, para llegar al teatro tuvimos

que atravesar a pie una calle despavimentada en medio de la lluvia, es decir caminar con el barro hasta los talones, recuerdo un caño de aguas negras y en las puertas de las casas hombres sin camisa que miraban la lluvia y nos miraban con curiosidad pero sin malicia, ¿o entonces fue que entendí mal aquellas miradas?, había niños que jugaban en el caño y perros criollos, el teatro Libia era blanco, blanquísimo, de granito lustrado, me sorprendió encontrar un teatro tan elegante en un barrio así de pobre, la entrada valía cinco pesos, en el fondo de la taquilla había un retrato del general Rojas Pinilla, nos dejamos escurrir un poco antes de entrar, el doble era otra de vaqueros: *Shane el desconocido*, adentro se estaba bien porque era calentico y de oscuridad pasable y contentos, contentísimos, tanteamos un puesto entre las primeras filas del lado izquierdo y allí comenzamos a ver cine, sólo que cuando me acostumbré a la oscuridad me voltiaba a mirar para atrás, y vi que el teatro estaba casi vacío, arriba habría unas quince personas pero abajo sólo estábamos nosotros, me dio una no sé qué sensación desagradable, pero la lluvia tamborileaba en el techo y era bueno estar bajo cobijo en un mundo nuevo y de pronto me sentí muy protegido, Angelita tiritaba un poquito pero yo le apretaba un brazo con todas mis fuerzas y le transmitía fácil el calor que yo tenía por dentro, cuando se acabó *Shane* y siguieron con la otra de una sin

siquiera prender las luces fue cuando entraron tres jóvenes diciendo “Buenas tardes, pueblo”, y se sentaron en la fila de atrás, cuando se acostumbraron a la oscuridad nos vieron y yo no sé si se dieron cuenta de dónde era que veníamos, pero me parece a mí que comenzaron a decir cosas de la película para que nosotros las oyéramos y nos riéramos, eso fue lo que pensé todo el tiempo, yo voltié una vez muy rápido y los vi, ellos se dieron cuenta sin tener que mirarme, seguían la película con interés, uno de ellos dijo: “Estas son las buenas de vaqueros, las que no me gustan son esas italianas”, y a mí me comenzaron a entrar ciertas ganas de decirle que estábamos de acuerdo, que la vida se llevaba mejor si había mutuo entendimiento, sé que Angelita también hubiera querido hablarles, cómo hacíamos, me voltié hacia ellos y con mucha habilidad pedí el primer cigarrillo de mi vida, donde no se den cuenta que éramos del Norte me dicen no joda, compre, pero sabían con quién estaban hablando y me lo dieron y no sólo eso sino que me dijeron: “¿La pelada fuma?”, sí, por favor, dijo Angelita, que tampoco había fumado nunca, yo me atranqué y tosi dos veces, es que tengo la garganta irritada con tanta llovedera, dije, Angelita en cambio fumó su cigarrillo en silencio, serena, cuando yo terminé todavía fumaba, yo esperé a que terminara y botara el cigarrillo para acercármele y pegarle mi cabeza en su hombro, no me gustó el olor a

tabaco que despedía Angelita, mejor dicho me repugnó a tal grado que me le separé de una y alarmado, me puse a olerme todo, el aliento, las manos, para ver si olía a lo mismo pero no, la que olía era ella, no vuelvo a fumar más me dije, y cuando se terminó la película, la puerta que se cierra en toda la mitad del cinema Scope y prendieron las luces, yo me voltié y los vi: había uno lleno de granos y otro muelco, el tercero sí tenía la piel lisa y la dentadura completa, era moreno y cuajado, hasta buen mozo, se quedó mirándome y me preguntó: “¿Ustedes son del Norte, verdad?”, sí, por qué, le respondí yo, “Se les nota nomás”, dijo el granujiento y yo me reí, Angelita fue la que dijo pero nos gusta más ver cine por acá, y ellos se rieron y nos ofrecieron cigarrillos, yo dije que no gracias, pero Angelita dijo que sí, dejó que muy tranquila se lo encendieran y se puso a fumarlo con cara de experta, cuando salimos del teatro éramos casi amigos, ya no llovía y la gente estaba en la calle salvando charcos, al muelco le decían Indio, al buen mozo Mico y al granoso Marucaco, nunca nos conversaron de política, ni que viéramos en qué estado estaban las calles de su barrio, ni que los niños jugaban en las aguas negras, nada, sólo un chiste, cuando nos vieron resentidos por el olor del ambiente: “A esto por acá le llaman buenos aires”, lo que nos contaban eran cosas de las fiestas de ellos, del Santa Librada donde estudiaban, de Salsa, una música que no me

gusta, y usaban palabras que todavía no entiendo y Angelita escuchaba con atención, los ojos le brillaban, cuando llegamos a la 25 se querían despedir pero no los dejamos, Angelita les pidió que no, que por qué no caminábamos un rato, a mí me pareció bien, por qué no caminamos hasta el Centro, les dije, les parece muy lejos, ¿o qué?, no, a ellos les pareció perfecto, era viernes y no tenían nada que hacer, Marucaco me preguntó que adónde había comprado esos zapatos y yo le dije, frotándolos contra el pantalón, son Florsheim, me los trajeron de Estados Unidos, y Marucaco se quedó callado, nos reímos todo el tiempo de las cosas que nos contaban, eran simpatiquísimos, ahora en el San Juan Berchmans yo iba a portarme distinto a todos los alumnos luego de tener esta experiencia, de verlos a ellos tan distintos, digo, tan felices, los tres con camisas de etamina. “Son lo último para tirar boletería”, decían, yo les hablé de Herman Melville y de libros bien famosos, pero ¿cómo hacía si ellos nunca habían oído hablar de eso?, se hacían los interesados, me escucharon con atención como quien desea aprender, pero qué va, se distraían completamente cuando uno cantaba un pedazo de esa música que no me gusta y otro que le hacía coro, al final teníamos que esperarlos porque se quedaban atrás, Marucaco y el Indio cantando y el Mico bailando que era el que mejor bailaba porque los vi bailar a todos, porque me consta, en el

Centro los invité a tomarse un refresco y ellos quedaron agradecidísimos, dijeron que si nos parecía nos acompañaban hasta la casa y a mí me pareció bien, se les veía que estaban igual de interesados que nosotros, ya que nosotros nos metimos en su mundo ellos se iban a meter en el nuestro, por qué no, todo se puede lograr si hay mutuo entendimiento, les dije, uno puede vivir en paz, ellos me oyeron pero no me dijeron nada, y yo quedé un poco desconcertado ante ese silencio, caminamos por la orilla del río y Angelita se quedó atrás cogiendo hojas, ayudada por el Mico mientras yo conversaba con Marucaco y el Indio de lo aburrido que yo estaba estudiando bachillerato; pero el Indio me dijo que en cambio ellos la pasaban “Soda, diga si no viejo Marucaco que la pasamos chévere”, y Marucaco dijo que sí, que “Muy soda, debe ser porque usted estudia con los curas”, me dijo, y yo voltié a ver qué era lo que hacía Angelita, estaba viendo con el Mico una hoja rara que me mostró después aunque estuvieron conversando mucho rato porque el Mico se interesaba mucho por la Botánica, no es que supiera, no es que supiera nada de Botánica sino que se interesaba por lo que decía Angelita, caminamos y más adelante los invité a cono y ellos de nuevo quedaron muy agradecidos, al rato todos estaban muy interesados en la Botánica, caminaban al lado de Angelita escuchándola con cuidado, de vez en cuando hacían chistes y

Angelita se reía con esa risa linda, limpia, comprendo yo que ellos estuvieron maravillados con su belleza porque cuándo iban a poder ver una muchacha así en su barrio, y por eso yo también estaba algo contento, ya casi llegando al Charco del Burro ella se les adelantó un poquito y me cogió la mano, serían las ocho de la noche, el cielo se había despejado y con inquietud vi la luna llena, además de los buses que pasan sin ver no había nadie por allí, Angelita ya no se preocupaba de llegar tarde a la casa, sus papás se la pasaban peliando todo el día y ya no les importaba ella, nosotros caminamos cogidos de la mano, adelante entre la oscuridad resaltaba la blancura de un aviso que decía: 10 AÑOS DE ARTE COLOMBIANO, hacia allá caminábamos nosotros, hacia la montaña porque nos gusta el pasto, el monte, eso fue lo que yo le dije al Indio y al Mico y a Marucaco, que nos gustaba quedarnos aquí las tardes y ver pasar la gente, y ellos se reían, el granoso tenía una risa linda, yo puedo descubrir la belleza donde me la pongan, que nos gustaba oír las chicharras por la mañana, ahora que no pasaba gente que viéramos la luna, ellos decían que sí a todo lo que nosotros proponíamos, así me gusta, de pie hicimos un círculo, el llamado para el diablo, todos frente a frente, yo sé bien cómo actúa la luna en Angelita, comenzó a apretarme la mano y yo podía sentir palpar el latido de sus venas, el torrente que tenía adentro, me estrujaba la mano, quería

pegarse a mi cuerpo, yo la sentía caliente, pero el cielo sólo sabe qué era lo que realmente estaba sintiendo, hubiera tratado de hablarme, se quitó las sandalias que tenía todas empujadas, qué barro bien inmundo, se puso a sentir la hierba, movía un pie en círculo continuamente, luego en torno a una de mis piernas, había noches en las que le daba por bajar y subir los hombros sin ningún ritmo, luego comenzó a decir cosas que para ellos sonarían incoherentes y a gemir por debajito, digo que sólo yo la oía y eso que tenía que pegármele bastante, fue que me comenzó a entrar un poco de vergüenza con ellos que ya estaban viendo todo lo que pasaba y qué podían decir, qué podían pensar, inútil fue que el Mico se adelantara y le preguntara algo sobre la Adormidera, Mimosa pudica, confundido, fustigado ante esa anormalidad que estaba sucediendo frente a él, porque ella no le oyó o no quiso contestarle, ella lanzó un bufido y me enchapotó la boca en mi cuello, qué luna la que tenía adentro, cuando anunciaron que los gringos habían conquistado la luna ella se estuvo riendo y que no creía, olvídate, allá no sube nadie, las luces de los carros me encandelillaron, luego Angelita comenzó a quejarse como si suplicara, pero digo que esto sólo lo oía yo, ellos han debido suponer nada más que estaba cansada y que me quería con toda el alma, entonces no sé quién, Marucaco, con los granos empustulados ante la luna dijo, muy tieso,

mirándome: “Qué novia tan linda la que tiene usted”, yo no le dije nada, tal vez por eso fue que él tuvo que mirar a sus amigos, y les dijo: “Diga si no viejo Indio, dígalo viejo Miquín, qué pelada tan linda la que tiene este man”, “Muy chévere”, dijo el Indio, y el Mico se quedó callado, miraba a Angelita como con una cara de sufrimiento, como si no comprendiera el mundo, comenzó a arrastrar los zapatos en la hierba, penosamente me pareció a mí, y después dijo: “Mejor vámonos”, y yo le dije no quieren acompañarnos hasta la casa ¿o qué?, “¿Es muy lejos?”, preguntó el Mico, no, apenas cuatro cuadras, qué les pasa, ya están cansados o qué, en son de burla, “¿Los acompañamos?”, le preguntó a sus amigos, con la misma cara de angustia, ellos dijeron: “Acompañémoslos”, yo logré que Angelita se pusiera las sandalias y caminamos todo el tiempo de nuca a la luna, así que ella se iba poniendo peor, yo consideré prudente dejar el río, subirnos por una de las calles laterales hasta Santa Teresita, subimos, ellos se la pasaron mirando las casas, los carros ante las casas, el alumbrado público, caminaban detrás de nosotros pero después el Mico se adelantó y caminó junto a Angelita, insistió en el tema del Herbario, ella lo miró y se le rio en la cara y se pegó más a mí y yo le sobé su cabecita, comprendiéndola, ahora es que sé la soledad en que estaba, lo que yo significaba para ella y soy humilde cuando lo digo, acercó su boca a mi oreja y me

dijo decíles que se vayan, aquellas palabras han debido llegar a ellos como resuello, pero aun así yo temí que fueran a interpretar mal la situación pero cómo hacía, estaba sintiendo un apremiante, desagradable deseo de llegar rápido a mi casa, Angelita se me ponía muy mal, quería seguirles conversando para que la situación no se volviera tensa, qué absurdo estar acompañados en ese momento, cuando no somos más que nosotros, cuando no podemos comunicar nada, ella me decía en susurros toda la historia de su angustia, lo desgraciada que eternamente era, desde chiquita había reconocido un malestar, una tarde en la finca (lloviendo) había creído comprender el acto de su vida, una ciénaga, y yo no sé, yo puede que me niegue a comprender esto, porque desde que la conocí yo alcancé cierta tranquilidad, cierta armonía, ella me decía cosas del mar, y yo cómo hacía para decirle que en el nombre del cielo se callara, que no quería que sus palabras se entendieran más allá de mí, ella tampoco lo quería y entonces era por eso que se me pegaba, ver a alguien así pegado a otro es como para sentirse la persona más sola del mundo, yo no es que me niegue a comprenderlos, ellos ya no miraban más estas casas de ricos, nos miraban era a nosotros, Angelita se me quejaba a mi cuerpo y yo trataba de caminar derecho, de avanzar, y me era difícil, faltaban dos cuadras para llegar a mi casa, me aterró voltiar a verle la cara al Mico: era un

hombre perdido en un delirio sin nombre, sé que no lograba enfocar bien las imágenes, pero su vista se bastaba en Angelita, estiró una mano y avanzó hacia ella, yo me detuve, yo habría dejado que la tocara, cuestión de mutuo entendimiento, Angelita se quedó mirándolo sin ningún interés, todo el cuerpo del Mico comenzó a temblar con espasmos como de fiebre, sé que tenía el infierno adentro, ¿a qué olerá el beso de un hombre que tiene el infierno adentro?, eso es lo que yo digo, el Mico se le lanzó, la agarró de la boca y posó su boca en su boca como si fuera lo último que haría en la vida, recuerdo un horripilante chillido, un manoteo como de gallina clueca, Angelita logró zafarsele y se puso a dar berridos de asco y de pena, de lo insoportable que fue su aliento, el Mico se comenzó a doblar como quien pide clemencia, Angelita se limpió la boca con un brazo, raspó hasta la última humedad intentando quitarse de sí ese olor, esa ofensa (si vomita ya es pura exageración, pensé), y entonces vino hacia mí, por qué no, digo, si yo no era sabio pero sí limpio, si era bello, si se embelesaba con mis besos, yo estaba a cuatro pasos de ella y ella venía hacia mí, nos íbamos a ir, se acabó la amistad, hicimos todo lo posible pero no se pudo, el Mico quedó atrás, vedado para el mundo, recluso en azufre, en gelatina y empanada mal digerida, ¿fue que no pudo soportarlo?, entonces fue que se negó, me parece a mí haber perdido un movimiento, mi

memoria falla, sólo tengo conciencia de él detrás de ella sin saberlo y él con el cuchillo la navaja automática en la mano, sólo se la hundió una vez y yo le vi la cara, y luego se metieron el Indio y Marucaco, dónde mierda era que guardaban los cuchillos, también la acuchillaron. Angelita forzó el cuello para tratar de verme. ¿Adónde era que estaba yo?, ¿qué era lo que hacía? Eso es lo que pienso, pero antes cayó al suelo y allí quedó, y yo quedé allí parado frente a ellos, frente a frente, para huir tuve que pasar patiar por encima de su cuerpo. Borges que decía: “Ningún hombre deja de ser cobarde hasta que no demuestre lo contrario”, pero eso es literatura, creo que me persiguieron, yo huía hecho una furia, crucé el alambre de púas, abrí la puerta de mi casa, atravesé corredores y en la cocina me detuve y miré, olfateé con astucia, la sirvienta sintió a alguien, salió y ha tenido que adivinar mis intenciones viendo mi cara, primero quiso huir pero la huida era inútil yo había cerrado la puerta del fondo, entonces se armó de una olla en una mano y un cuchillo en la otra y arremetió contra mí y yo arremetí contra ella, pero yo fui quien quedó de pie, le patió muchas veces la barriga, ella trataba de alcanzarme con el cuchillo, en una de esas me hizo una cortada en el brazo izquierdo y gritaba, yo le rompí la cara, la estrellé contra el azulejo, cuando tuvo que soltar el cuchillo la acuchillé una y mil veces porque yo también tengo mi furia (no

tener ninguna dama bella, enferma antes de tiempo para yo adelantarme a la muerte y matarla como Edgar Allan, tener que matar a una vil sirvienta para darle cumplimiento a mi destino fatal), mi madre estaba dormida, yo saqué una sábana limpia, en ella envolví el cuerpo de la sirvienta que pesaba de tanto pasársela comiendo todo el día, antes de que se secara la sangre limpié con Fab y fregué y dejé todo immaculado, le di esponjilla al cuchillo y a la olla, dejé todo en su sitio, la enterré debajo del mango más viejo, cuando fui al cuarto de mi madre ella ya estaba despierta, me reclamó a su lado, le dije he venido a hacerte compañía, no salgo más, fui al cuarto de la sirvienta y le traje todos sus vestidos, toda esa noche me la pasé condenando puertas y ventanas, enmallando las ventanas y cubriendo la malla con papelillo rojo, para que cuando yo me mueva, corra por los corredores, la gente que se asoma vea sólo resplandores rojos, al otro día me levanté temprano a prepararle el desayuno a mi madre, el café lo supe hacer pero no los pericos, tuve que darle sólo café con pan, al mediodía intenté hacer el almuerzo pero no pude, la basura se está amontonando porque si intento barrer me da una alergia horrible, estornudo todo el día, afortunadamente tenemos enlatados, mi mamá dice que no importa, que le gustan las sardinas en lata, yo procuro arreglárselas lo mejor posible, unas veces con mayonesa, con pan rociado, mostaza

o mantequilla, siempre distintas, ayer por la mañana intenté hacer arroz pero se me incendió la olla, ya hay cuartos en los que no se puede entrar porque el olor de la basura me enferma, el inodoro se descompuso, he destinado uno de los cuartos del fondo para excrementos, pero aún está limpio mi puesto ante la ventana, barrer y trapiar dos metros cuadrados todos los días no es ningún problema, me he conseguido unos binóculos viejos, y con ellos miro todo el día el mundo de afuera, a Angelita la encontró un barrendero al otro día, tal como yo la dejé, y su foto salió en la primera página de todos los periódicos, todos nuestros amigos fueron al entierro, todo el Sagrado Corazón, todo el Liceo Belalcázar, todo el San Juan Berchmans, todo el mundo supo que habían sido los del Sureste y cogieron a muchos del Sureste y no sé si los mataron, en todo caso los deben haber golpiado feo, y que dijeran quién había sido, pero quién iba a poder decir, quién iba a saber, de todos modos la nación se vistió de luto, hay que ver que su papá, don Luis Carlos Rodante, es uno de los más poderosos azucareros del Valle del Cauca y el más grande sembrador de ají en Colombia. “El Rey del Ají” enloquecido de dolor exhortó al ejército, policía civil y policía militar, fuerzas especiales y a la sociedad en general a ponerse a la búsqueda de los asesinos de su hija, pero todo intento de esclarecimiento resultó vano, en el colmo de la desesperación viajó a Bogotá

y se entrevistó con el Presidente de la República acordando conceder una recompensa de quinientos mil pesos a quien dé informes del culpable o los culpables, no importa que el informante haya tenido relación directa o indirecta con el asesinato, esto fue lo que se informó por radio, prensa y personalmente el Presidente por la televisión el día 16 de mayo de los corrientes, entonces les empezó su infierno: los tres recibieron la noticia el mismo día a las siete de la noche, como la familia del Mico acababa de comprar televisión, le tocó ver y oír la noticia de la fabulosa recompensa, ¿puede alguien imaginar todo lo que pasó por su cabeza?, de primero, claro, lo que podían comprar con quinientos mil pesos, ¿adónde se irían una vez que delataran, podrían vivir en paz, ricos?, en esto pensaron un día y medio sin salir a la calle, retorciéndose en la cama, sin comer, al mediodía del 18 la opresión se hizo insoportable, el Mico comprendió que si no denunciaba rápido lo iban a denunciar a él, se maldijo por no decidirse rápido, fue él el que comenzó a matarla, ¿no?, arrepentimiento lo que se dice arrepentimiento no había sentido nunca, había tirado el aliento una y otra vez sobre el rostro de su madre y ella le había dicho que no, que no olía feo, viendo mal, desenfocando todo se puso la camisa de etamina y salió a la calle, el sitio de delación era el Permanente Norte, en la Primera con 21, preguntar por el coronel Patiño que ha

estado en guardia las veinticuatro, las cuarenta y ocho horas, el Mico cogió el bus Papagayo y trató de no pensar en nada, iba pensando en sus amigos, en lo que habían aprendido juntos, no he aprendido nada, se dijo, todo hombre tiene su precio, son capaces de delatarme, se imaginó un estado de cosas en donde la gente fuera invulnerable al dinero, en donde la gente no tuviera dinero para derrochar, para ofrecer semejante recompensa para que la gente buena pierda por ella su valor, su dignidad, qué calor el que hacía, menos mal que en el bus no iba recibiendo viento, ¿qué se podría comprar en este mundo con quinientos mil pesos?, compraría el mundo entero, pensó, él no quería morir linchado, iban a denunciarlo y entregarlo a la gente del Norte, se bajó en la Primera y corrió hacia el Permanente, hacia allá también corrían el Indio y Marucaco, todo ese tiempo habían llevado el mismo itinerario, fue cuando se vieron allí corriendo que en lugar de chocar se abrazaron, habían estudiado juntos desde primaria en el Marco Fidel Suárez, todos habían experimentado la misma ansiedad por terminar quinto y pasar a Santa Librada que no era sino cruzar la calle, habían aprendido a nadar en Pance, aunque el Indio casi que se ahoga en una crecida y siempre fue flojo para el agua, una vez se agarraron los tres por una hembrita llamada Teresa que al final resultó casándose con Armando Toro, un man que estudia dibujo arquitectónico en

el Sena, el otro día se la encontraron y hablaron de los viejos tiempos (¿cuáles viejos tiempos?), que se guardaran los quinientos mil pesos, que se los metieran por donde les cupiera, esa noche se pegaron la borrachera más tiesa de sus vidas y allí en esa borrachera fue que decidieron ir hasta mi casa (que ya conocían) y matarme a mí también, yo que me la paso viendo todo el día con binóculos los vi venir, cruzaron el alambrado de púas en una de tantas mañanas luminosas y entraron en mi propiedad, yo corrí a esconderme incapaz de luchar, encontraron una ventana fácil de romper, cortaron la malla y el papelito rojo, me encontraron rápido entre tanta basura, yo traté de recordarles que algún día, en algún tiempo, había florecido nuestra amistad porque aportamos mutuo entendimiento (sé que el Mico vaciló), les dije: “Igual que ustedes yo también he pensado mucho en la muerte en todos estos días, entonces concédanme la gracia de decidir yo mismo el momento, pues estoy dispuesto a trabajar por la felicidad y entiendo la muerte como la consecuencia del advenimiento de la felicidad”, mi error fue utilizar términos complicados porque creyeron que estaba hablando era literatura, en ellos no existía la clemencia, raza de perdedores, siendo tan jóvenes me mataron con unos pocos golpes dados inclusive sin furia, no hace falta golpear mucho ni muy fuerte para que caiga este pobre cuerpo, Marucaco se llevó un radio

transistor, fue lo único que robaron, mi madre ni se enteró, debe haber creído que yo decidí dejarla, sé que todavía quedaban latas de sardinas, de modo que se pare y las busque, pero es que ella me llama y me llama y yo así no encuentro la paz nunca, esa noche ellos volvieron a emborracharse y el Mico consiguió novia, el otro año salen graduados nítidos, cada vez que aquí en Cali hay tropeles ellos meten es de una, en cuántos tropeles habrán estado juntos, en los últimos meses se han aficionado al cine y no se pierden ninguna de Charles Bronson.

Fue así como el crimen de Angelita Rodante quedó en el más completo misterio.

MATERNIDAD

A LAS VACACIONES DE QUINTO DE BACHILLERATO salimos con un saldo de muertos. “Es una verdadera tragedia terminar un año marcado por el triunfo —la construcción de un nuevo pabellón deportivo, por ejemplo— con la desaparición de seis jóvenes que apenas despuntaban la que sería una brillante carrera”, se lamentó el padre rector, en el discurso de clausura. Pepito Torres hizo un viaje repentino a Bogotá (faltó a un examen final) y dicen que se vino a pie, devorando cuanto hongo mágico encontró a la vera del camino, y al llegar a Cali comenzó a dar escándalo público por la Sexta, lo agarraron dos policías sin avisar a sus papás, lo metieron en la radiopatrulla en donde murió como un perro, dándose contra las rejas, exhalando por boca y narices un polvito negro. Manolín Camacho y Alfredo Campos, los inseparables, se volaron del colegio y fueron a pasar un viernes de tarde

deportiva en el río Pance, hubo crecida, y a los dos días encontraron sus cuerpos “entrelazados”, pero el periódico no explicaba cómo. Tiempo después un campesino encontraría, entre las raíces de un carbonero a la orilla del río, una botella con un manuscrito de Alfredo, redactado compulsivamente: “Vemos cómo crece el río. Es increíble. Es como si viniera a cobrar venganza por el pasado esplendoroso que le quitaron las modernas urbanizaciones. Pero rugen, recobra su poder. La idea se nos ha ocurrido a ambos. No seremos víctimas en vano. Mejorarán los tiempos. Cogidos de la mano caminamos hacia el río”. Yo nunca pensé que las cosas mejorarían así nomás. Un mes antes de exámenes finales Diego A. Castro (Castrico) salió con su hermano mayor, Julián, a La Bocana del Océano Pacífico. Les encantaba ese mar de agua, arena, cielo, selva y gentes negras. Ambos habían ganado medallas en intercolegiados, departamentales y nacionales de natación. No fueron a ninguna competencia internacional por el uso de las pepas. Así, podían nadar hasta la línea del horizonte, de allí alcanzar la línea que uno podría divisar si llegara al horizonte, y aun la otra. Pero no esa vez. A las pocas brazadas Julián le resopló que se sentía muy mal, que se devolvía. Castrico, abstraído en sus movimientos parejos sobre las crestas de cada ola, le dijo que bueno, y siguió nadando. Al regresar, feliz de su inmensa travesía, lo encontró en la playa, muerto,

con el pescuezo inflado. Nadie sabe cómo regresó Castrico a Cali, pero ya se le había atravesado la existencia. Comenzó a buscarle pelea a todo el mundo, en especial a los más amigos de su hermano. Cargó puñal. Viajaba al campo y allá peleaba con machete y ruana envuelta. Lo encerraron en el manicomio y se voló del manicomio reclamando la presencia de su madre. No era más que ella le tuviera al lado el frasco de pepas y Castrico se quedaba calmado, acariciando las flores, jugando con los gatos. Salía a la Sexta una vez cada dos meses, y yo lo veía parado solo, hablando incoherencias sobre todas las mujeres, sonriendo. En la última pepera salió despavorido a buscar pelea, pero murió antes de que se la dieran: quedó como clavado en el suelo, gritó que se le abría el suelo y cayó, muerto. Y van cinco. El sexto, Manolín Camacho, es el que más me duele. Mi compañero de pupitre. Solíamos caminar distraídos en los recreos, hablando de paisajes que nos imaginábamos en tres dimensiones de sólo mirar mapas. Nunca había probado ninguna droga, ni en las fiestas bebía. Sólo un sábado. Vaya a saber uno con quién se metió, quién lo invitó, por qué lo vieron recorriendo calles a la velocidad que iba, con la mirada desencajada, buscando qué, con la piel llena de huecos, insultando ancianas, pateando carros. Murió solo, en un baño cualquiera, esforzándose por vomitar lo que seguro se había tragado inocentemente y ahora le cercenaba el coxis,

la próstata, el cerebelo. Le dieron una mezcla de analgésico para caballo y líquido de freno para aviones. “Es una lástima, una serie así de muertes sin ningún, sin ningún sentido”, decía el padre rector. Y yo, agarrado a mi asiento, con una rabia inmensa, sabía qué sentido había. Nos habían escogido como primeras víctimas de la decadencia de todo, pero yo no iba a llevar del bulto. “Haré mi afirmación de vida”, pensaba, y no sonreí ni una sola de las seis veces que me llamaron para recibir diplomas de Matemáticas, Historia, Religión, Inglés, Geografía y Excelencia. Miraba a ese público compuesto por curas, alumnos y padres de familia, y recibía los aplausos con apretón de dientes. “Haré mi afirmación de vida”.

“¿Qué te pasaba?”, me decían los compañeros, luego. “Como si no te gustara el éxito”, y yo, a todos, silencio. Y me negué a ir a la fiesta de fin de curso que organizaba Mauricio Gamboa. A mi casa llegué en el carro de mis padres, entre sus cuerpos blandos. Ya me habían felicitado por tanto triunfo, y no se habló de más en el camino. Yo no me aburrí, pues llovió y me distraje imaginando que las gotas en el parabrisas eran gente, personitas con hombros y cabezas bien formadas, y venían las plumillas y ¡chas!, las barrían dejando minúsculas porciones de la primera gota, irrecuperable para siempre.

Esa noche soñé con un viaje en tren por entre campos de mangos y trigo, y una muchacha rubia se me acercaba y nos

volvíamos uno solo en la alborozada contemplación de esa feliz naturaleza. Luego el tren se metió a un túnel muy negro y desperté, demorándome en identificar como miedo o gozo el sentimiento con que empezaba ese nuevo día.

Antes de almuerzo me llamó el mismo Mauricio a comunicarme que en la fiesta de anoche una pelada, Patricia Simón, se había pegado la gran desilusionada ante mi ausencia, que era la mejor alumna de quinto del Sagrado Corazón y que quería, que se moría por conocerme. Yo le pregunté que entonces cómo. Él me indicó que en otra fiesta, esa misma noche. Yo accedí.

Al llegar, no vi más que caras pálidas, poca amistosidad, puertas cerradas, prevención, horrible humo. Muy poca gente bailaba la música rock que yo jamás aprendí y que hace medio año ponía frenético a todo el mundo. Me alegró ver que los invitados se recostaban en las paredes y nada más oían, con el ánimo ido. Yo me paré en toda la mitad de la pista para no dar aires de vencido, hasta que del fondo, de bien al fondo de esa casa vino a mí una muchacha vestida de rosado y rubia, y haciendo mágico todo el trayecto hacia mí mientras sonreía. Se presentó: “Patricia Simón”, muy tímida me dio la mano, yo se la apreté exageradamente para intimidarla aún más. “Eres muy inteligente”, fue lo primero que me dijo cuando la conduje al patio, puesto que con el volumen

de la música no podía oír sus lánguidas palabras de alabanza y devoción por mis conocimientos del Imperio Romano, de la Cordillera Occidental Colombiana, del Misterio de la Transubstanciación. Se respiraba mejor en ese patio acosado por el color azul de la noche que perdía a cuántos jóvenes más allá de nosotros, acorralando —lo supe— a los que buscaban refugio en esa casa. Yo me sentí libre de la noche, de su muerte, superior a su extravío. Con mucha cautela le comenté a Patricia mis temores sobre la feroz época, y ella, como si fuera su forma peculiar de explicarme que los compartía, me relató un sueño. Soñó que alguien muy amado le regalaba un pastel de fresas —su bocado predilecto— y al irlo a morder no había fresas sino gilletes, alfileres, etc., que se le incrustaron en las encías y le reemplazaron los dientes, de tal manera que quedó con alfileres en lugar de dientes. “Extraño”, pensé, mirándola, pues sus dientes eran grandes, muy sanos, de encías duras. Ella alzaba la cabeza para mirarme a mí o al cielo. Era pequeña, pero fuerte, de buenas espaldas y caderas, ojos azules y largas cejas. “Buena raza”, pensé, y luego: “Edelrasse”, observando que tendría mínimo cuatro dedos de frente, rosada la piel. Resolví: “Le haré un hijo a esta mujer”.

El tiempo pasó en el sentido que quiso nuestro amor. De esa fiesta salimos cogidos de la mano, y empezamos a vernos todos los días, y yo le fui llenando la cabeza de cucarachas

como Nietzsche y Rousseau, y por miles de argumentos la fui llevando a una conclusión sencilla: que la única manera de salvarnos sería trascendiendo en algo. Un día me salió con que le provocaría escribir versos, pero yo le espanté la idea como si fuese un enjambre de moscas: “La poesía es una profesión decadente”, y ella me creyó. Y le ponía cara de moribundo siempre que la miraba a los ojos, y ella apuesto que pensaba: “¡Lo que haría para hacerte feliz!”, y en los cines me le pegaba mucho o suspiraba cada vez que había un pasaje de maternidad, y ella salía conmovida toda, aún sin decirme nada pero ya pensando en la idea de que la única manera de trascender sería quedando preñada y pariendo un hijo.

Lo que la decidió fue precisamente la muerte de Ignacio Moreira, que tuvo una discusión con sus papás, subió corriendo las escaleras y se dio un tiro en la cabeza. Ella vivía al frente, conocía a Ignacio desde chiquito, oyó el disparo, el chapoteo: estuve, pues, de buenas.

Conseguí que me prestaran la finca de la Carretera al Mar, lugar que yo había escogido para que se diera la concepción. Con nosotros subieron varios amigos, pero casi nunca nos mezclábamos. Los días amanecían oscuros y la niebla bajaba temprano, y ella se llenaba de añoranzas y de melancolías, lo que, curiosamente, no le producía impavidez sino movimiento. Caminábamos horas, acercándonos cada vez más al

filo de las montañas. Ella resistía el empinadísimo camino sin una queja.

Mi día vino claro, de visibilidad profunda. Nos levantamos con el sol y empezamos a subir, dispuestos a llegar esta vez hasta la cumbre. Los guayabos y los lecheros viraban en múltiples tonos verdes a cada paso que ganábamos, y los pájaros cantaban “pichajué-pichajué”, y todo eso me llegaba como puro presagio y signo de fertilidad. Hacia las dos de la tarde salvamos la última pendiente de piedras blancas y tuvimos, repentinísimamente, una enloquecedora visión del mar, a miles y miles de kilómetros. El frío de la montaña y el ardor que se contemplaba allá en el mar la llevó a abrazarme, y yo le respondí mejor que nunca. Descubrí sus senos con valentía, chupé su pelo, rasgué con su sangre el pasto yaraguá, pude sentir cómo sus complicadas entrañas se abrían para darle paso, cabida y fermento a mi espermatozoide sano y cabezón que daría, con los años, testimonio de mi existencia. No creo que ella gozó.

Nos casamos al escondido, toque muy aristocrático para familias como la suya y la mía. Fuimos el matrimonio más joven de la sociedad caleña y salimos mucho en el periódico y la gente nos miraba y nos hicieron muchas fiestas y nosotros respondíamos a todas con actitud calladita y mayor, reflexionando siempre. Con alegría entramos a sexto de

bachillerato, comparando y acariciando nuestros libros de texto. A los pocos meses engordó muchísimo y le vinieron los vómitos, así que no pudo volver al colegio y perdió sexto. Yo solamente falté a clase un día: el día en el que, después de cuatro horas de terquedad y mucho sufrimiento, dejó salir a mi hijo. Nació en un día lluvioso. No nos pusimos de acuerdo con el nombre, pero prevaleció mi opinión: lo llamé Augusto, que hace pensar en porte distinguido y en conciencia de victoria, siempre. Fui toda una celebridad en el colegio, padre a los dieciséis años. Ella no quiso hacer gimnasia y le quedó una barriga arrugada muy fea, y los senos se le hincharon como brevas y después se le cayeron. Recuerdo madrugadas en las que yo abría el ojo sólo para hallarme en la física gloria, despertado por el llanto de Augusto, y volteaba a mirarla a ella, despierta desde hace muchas horas, con la mirada perdida en el cielo raso, negándose siempre a contestarme en qué era que pensaba. Yo no insistí. Yo había previsto eso. No cuidó bien a nuestro hijo. No quiso tampoco volver al colegio. Le perdió interés a todo, se pasaba los días sin asearse ni asear la casa, mal sentada en una silla, presa de un vacío que supongo debe ser normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona. Yo no la toqué más. Ella tampoco se hubiera dejado. Al fin, un día salió de la casa, y se demoró en regresar.

Hizo amistades nuevas, jóvenes más viejos que ella, y seguía saliendo. Pero falta no me hacía. Yo cumplía puntualmente con mis deberes escolares. Me levantaba temprano, le daba el tetero al niño, cambiaba pañales, barría, trapeaba. Al volver del colegio me la pasaba horas dejando que Augusto me apretara el dedo índice y contemplándole su pipí, lo único que sacó igualito a mí, porque todo lo demás, ojos y pelo y frente eran de ella.

Cuando regresaba, nunca conversábamos. Se tiraba por ahí, sin dormir, o a oír música. Supe que estaba metiendo droga. Me importó un comino. Conseguí una hipodérmica desechable, con mi amigo Gómez un gramo de la mejor cocaína y una noche la esperé. Llegó muy tarde, cayéndose de la borrachera, bajando de todas las trabas. Yo la recibí, le sobé su cabecita hasta que se quedó dormida en mi pecho. Preparé la cocaína, tomé uno de sus brazos, cuando lo estiré y palpé sus buenas venas abrió los ojos y me miró, perpleja. Yo le sonreí. Creo que le inyecté medio gramo, en empujadas leves. Ella hizo caras y risitas y yo sentí celos: nunca se portó así con mis orgasmos. Luego se levantó y comenzó a saltar por toda la casa, puso el estéreo a todo volumen y a mí no me importó que despertara a Augusto. Yo reí con ella. Hace días que no la veo. Se fue a paseo creo que a San

Agustín, con una manada de gringos. Espero que no vuelva, que se muera o que reciba allá su merecido. Yo he terminado sexto con todos los honores, leo cómics y espero con mi hijo una mejor época.

1974

LOS MENSAJEROS

AUN SI ELLOS NO VIENEN COMO LO PROMETIERON, regresarán sus hijos o los hijos de sus hijos. Es que las cosas han cambiado aquí de tal manera y ha pasado tanto tiempo que, no sé, uno no puede recordar nada: eso es lo que voy a decirles cuando vuelvan, que todavía nuestra ciudad existe; miren que allí no más está la portada de los Studios, y ahora que ustedes han regresado podemos comenzar otra vez ¿no? Pero si no regresan, si antes de morir han enviado a sus hijos, les cuento todo a ellos, les digo que aquí donde yo estoy acostada mirando al cielo se alzaba hermosa y radiante, un día, la Fuente de los Bomberos, donde Caroly O'Connor se bañó desnuda un 27 de julio a las doce de la mañana y de allí en adelante todas las mujeres de Cali siguieron haciendo lo mismo, y después hasta los hombres ¿no? Hasta que hubo necesidad de construir veinticinco Fuentes de Bomberos, porque la otra ya no daba abasto. Claro, porque si regresan

los hijos querrán saber todo, el glorioso pasado de sus padres y de sus abuelos, si es que en nuestra ciudad caben esos términos. Llegar a buscarme desde el otro lado del mundo, les dijeron anda en busca de una ciudad que se llama Cali, que todavía debe existir porque cuando se acabe Cali se acaba el mundo entero, y cuando llegues allí encuentra a Lalita Dos Ríos, que ella se quedó y debe estar todavía esperándonos. La reconocerás por la belleza de sus ojos y por el brillo de su sonrisa. Sí, míster Rudolph P. Houston, yo no he abandonado esta ciudad suya, yo lo sigo esperando a usted o a la persona que usted envíe, a la que me encuentre aquí tirada mirando nuestro cielo y me diga que viene en nombre suyo a reconstruir todo. Y necesitará saber la historia ¿no? Pero de eso me encargo yo, míster Rudolph P. Houston, usted déjeme nomás contarle acerca del día en el que usted llegó por primera vez a Cali y decidió hacer de ella el primer centro del cine en el mundo, y de cómo a los tres meses su deseo estaba realizado, sabe, y le cuento también acerca de todos los astros que llegaron un día como cualquier otro y que jamás salieron de esta ciudad, se negaron a hacerlo. Claro, hasta que comenzó eso.

¿Recuerda, recuerda míster Rudolph P. Houston, la cara de todas las muchachitas cuando Anthony Tex llegó a Cali? Cuando entró en el automóvil más blanco y más grande que haya visto caleño alguno, niño, pero cómo estás de crecido: has

salido como dos gotas a tu madre, la gran estrella de carácter Constance Newman, esa sí era mujer hijito, prefirió morir de la pura tristeza antes de abandonar nuestra ciudad, esta ciudad que ahora tienes ante tus propios ojos muchachote, no es sino que te levantes un poco para que veas esas piedras enormes, míralas, esas que están allí cubiertas de maleza: esa es la portada de los Studios del Río, el centro más gigantesco en el mundo de la producción cinematográfica, que comenzaba allí mismo y abarcaba toda la ciudad de Cali hasta las orillas del río Pance; no, ese caño que ves allí es el río Cali, el río más hermoso del mundo, el que atravesaba los Studios de lado a lado, pero ya lo ves, cuando llegaron los tiempos malos se comenzó a secar y no ha vuelto a traer agua desde que ellos se fueron. Y a decir verdad no sé qué habrá sido del río Pance, a lo mejor ha corrido, como todo, la misma suerte, o tal vez sigue escurriendo agua estrellándola contra las piedras blancas, uno no sabe. Y aquel hermoso campo que ves allá, muchacho... no, allá: detrás de aquellos aros, eso es la Avenida Sexta, una de las maravillas del mundo hijito, adonde llegaban las estrellas de otros países con el propósito de quedarse un fin de semana pero se quedaban para siempre. Uno los veía conversar con las muchachas en las fuentes de soda, mirando al cielo y escogiendo a la persona más bella que se encontraran por la tarde para comenzar a amarla hasta el

otro día. Porque en Cali todo el mundo está dispuesto nada más a que lo amen, eso lo sabe todo el mundo. Y esta grande construcción que ves aquí no es otra cosa que la casa donde tu madre se dejó morir cuando comprendió que definitivamente los habitantes de nuestra ciudad se estaban yendo. Yo le hablé, traté de convencerla que ellos volverían porque todos lo han prometido, es solamente mientras todo esto pasa. Pero ella me respondió sí, ellos se están yendo y volverán pero yo no puedo hacer lo mismo porque Cali es toda mi vida y Cali sin su gente no puede existir, se hunde Lalita, qué le vamos a hacer si es nuestro destino Lalita. Entonces se encerró en su cuarto y jamás volvió a salir: aún debe estar allá, esperando como yo a que ustedes regresaran. Antes de encerrarse ella sabía que yo no me iba a ir de la ciudad, lo supe porque me dijo tienes que darle recuerdos míos ¿no? Tienes que andar por sus calles y preguntarle si todavía puede acordarse de mí Lalita, porque tú estarás muerta también cuando ellos regresen, porque tú no podrás soportar ver cómo se marcha la última persona. Pero así, Constance, yo espero, porque ellos lo prometieron y van a cumplir la promesa.

Tú también lo prometiste, por eso tienes que volver Anthony. Llegas para que yo compruebe que los años no han pasado por tu hermoso cuerpo, y sonrías al encontrarme y me coges de la mano y así recorreremos estas ruinas que algún día

fueron nuestra ciudad, y que todavía nos pertenecen. Mira que yo sigo habitando en el mismo lugar donde me conociste, aquel día en el que te me acercaste desnudo y chorreando agua a decirme algo que no pudiste decir al fin porque jamás aprendiste a hablar caleño, Anthony, hasta que vino Good Fat Jim y sonriéndome y mirándome a los ojos dijo mire señorita aquí el señor, la estrella de cine Anthony Tex la quiere a usted para que protagonice con él la película de los Studios del Río llamada *La voraz estrella del trópico*. Sabes lo que significa recordar todo eso, Anthony, saber que junto a Caroly fui la más popular actriz de los Studios del Río y por ende del mundo, yo, Florencia Cobo, más conocida como la famosa el colmo sex appeal vertiginosa arrolladora Lalita Dos Ríos. Y debemos recordar también el día de la premièere mundial de *La voraz estrella del trópico*, y los aplausos de la gente de esa ciudad, ¿cómo era que se llamaba Anthony la ciudad donde tú naciste?

Y después nos avisarían que yo y tú y Good Fat Jim y Constance habíamos ganado unos premios que se llamaban Óscares que no sé quién los daba ni en qué consistían, porque el barco que nos los traía se hundió sin siquiera llegar a Buenaventura, así que jamás volvimos a saber de ellos. Después vendrían *Amor del Caribe* junto a ti y a Caroly, en la que yo hacía de la condesa que llegaba a un país extraño y

te conocía a ti entonces se armaba un, ¿cómo era que le decían? Ah sí, torbellino de pasiones borrascosas, porque tú estabas casado con Caroly, pero hacíamos todo lo posible para que ella se muriera porque había que mostrar de lo que son capaces dos seres cuando caen en las redes de los amores locos, ¿no es así? Y *El seductor empedernido*, donde para ti las mujeres eran objetos que se usaban y se dejaban, y con todas esas escenas de amor que explota como llamaradas en la pantalla, y esa tan triste que se llamaba *En busca de nuestros hijos*, donde Constance nos buscaba con tesón, fe y coraje por los más recónditos rincones del mundo ¿no? y *Lejos del mundo*, un drama desgarrador de pasiones encontradas con toda la fuerza de los sentimientos humanos entonces fue cuando llegó aquel director con nombre tan raro y que nadie sabía de dónde era, si de Rusia o de Hungría o de Polonia, que dizque eran países que quedaban muy lejos y que habían construido una cortina de hierro para que nadie saliera, eso era lo que decían. Ese director que se llevó tantos premios en todo el mundo por esa película que nos hizo protagonizar pero que a ninguno gustó por aburrida. De todos modos el señor ese no duró mucho tiempo en los Studios porque míster Rudolph P. Houston se encargó de comunicarle que no lo queríamos más entre nosotros, que los Studios no necesitaban gente que hiciera películas raras,

de modo que hasta luego, se fue sin decir ni mu de la misma manera como llegó, y hasta mejor, Anthony, porque el señor ese nunca participó de la alegría de nuestra ciudad: lo único que hacía cuando no estaba filmando era caminar por las calles, solo y sin saludar a nadie. Ahora lo recuerdo de vestido oscuro, saliendo de la ciudad con una maleta pequeña y sin voltear atrás.

Ese mar de gente feliz que se veía por nuestras calles, pero acérquense que esto, con todo lo que ha pasado está oscuro que da miedo. Esa radiante felicidad que se extendía hasta contagiar todo el paisaje y el cemento y todo aquel horizonte formado por las luces y los reflejos de la ciudad, y Constance Newman con flores de mango en el pelo llorando de felicidad y proclamando que esto es su vida y su destino, que bañarse desnuda a las doce del día en la Fuente de los Bomberos No. Uno es alcanzar una clase de existencia que va mucho más allá de todo lo conocido. Y cuando llega diciembre se prohíbe decir que no a cualquier persona, y el día siete se castiga al que no acuda a la Avenida Sexta a tirar bombas de agua y a reírse y a amar a quien quiera porque si hemos construido nuestra ciudad a puro amor eso quiere decir que somos inmortales. Tampoco podemos olvidar a la gente desnuda amándose en las calles mientras las chicharras cantan en las acacias y los flamboyanes.

Pero aquí no todo será ruinas cuando ellos regresen, cuando míster Rudolph P. Houston se acerque caminando a mi Fuente y me vea y sonría, cuando se tire a abrazarme y a anunciarme a gritos que ha regresado, Lalita mía los Studios del Río no han muerto. Ellos no quisieron volver pero yo sí, porque no me muero lejos de Cali y de su gente, aunque sólo quedes tú, Lalita, y regresar a Cali quiere decir encontrar la inmortalidad, eso ya lo sabemos. Entonces él ha llegado y salimos a recorrer todos estos lugares que ahora permanecen solos, y ya míster Rudolph P. Houston tiene planes hechos, de la misma manera como cuando llegó por primera vez a nuestra ciudad y respiró su aire, cuando supo que construiría aquí el emporio cinematográfico más grande del mundo: los Studios del Río, en donde llegaron a filmarse un promedio de cuarenta y dos películas mensuales, adonde la gente llegaba y no se iba, y no sé si ya les he contado que Constance Newman está encerrada en esa casa en ruinas, dispuesta a dejarse morir antes de abandonar nuestra ciudad. Así eran los Studios y así era Cali y su gente hasta que de repente comenzó eso.

Aguantaron un tiempo, tu padre uno de los que más. Se sentaban al frente de sus casas, esperando a que todo pasara, sin sonreír y sin hablar, y casi no dormían imaginando en lo que iban a hacer cuando todo volviera a la normalidad. Pero día a día las cosas fueron empeorando, entonces se pararon

de sus asientos y comenzaron a andar por las calles de Cali, entre la oscuridad y toda esa muerte, mirando al horizonte y sin hablar con nadie, como en cierta época lo había hecho ese director que trajeron de por allá lejos. Caminaban pensando en un día cualquiera en el que todo amaneciera normalmente y pudieran salir otra vez a las calles, llenos de luz y transparentes y felices, entonces podríamos reanudar la filmación de *El anillo de la maldad*, donde debutaba Jimmy, el muchacho que había llegado a los Studios cuatro días antes del mal tiempo, y cuando comprendió que Cali se estaba muriendo se olvidó de todo, dejó de reconocer a los amigos y se puso a andar de un lado para otro como tantos otros, llorando o sonriendo, no sé, al toparse con la ya sin vida Fuente de los Bomberos No. Cinco o con cualquier esquina de la Avenida Sexta, en donde hace pocos días había alcanzado la total felicidad. La última noche yo lo encontré por allí, tropezándose con las cosas porque estaba ciego, él me reconoció, de eso estoy segura, pero no se detuvo, siguió caminando por la calle 15 y por allí se perdió para siempre.

Cuando todos se preguntan por qué es que ha sucedido esto, usted, míster Rudolph P. Houston ni siquiera abre la boca.

Fijáte que te iba a gritar, Jimmy, que ellos todavía no han vuelto, apenas te vi aparecer tambaleante, por la calle 15. Te iba a gritar que te devolvieras, pero ahora tú estás aquí,

pero te has equivocado hermano, de nada ha servido tu regreso porque ni ellos han vuelto ni la ciudad ha cambiado, tienes que creerme a mí porque soy la única persona que se ha quedado, que todavía los sigue esperando Jimmy. Yo estoy aquí desde el día que anunciaron que se iban por un tiempo pero que volverían. Primero se alejaban tímidamente mirando atrás a cada rato o llorando como niños; después ya se iban en grandes cantidades, pero siempre prometiendo que algún día volverían, tienes que esperarnos Lalita, los Studios del Río todavía no han muerto. Usted nada más váyase tranquilo, míster Rudolph P. Houston, que yo espero.

1969

DESTINITOS FATALES

A UN HOMBRECITO LE GUSTA EL CINE Y LLEGA Y funda un cine club, y lo primero que hace es programar un ciclo larguísimo de películas de vampiros, desde Murnau y Dreyer hasta Fisher y ese film que vio hace poco de Dan Curtis. Al principio hay mucha acogida y todo: el teatro se llena. Pero semana tras semana va bajando la audiencia. Como se sabe, el público cineclubista está compuesto en su mayoría por gente despistada que acude a ver acá “el cine de calidad” que no puede ver en los teatros cuando estos sólo exhiben vaqueros y espías; imbéciles que abuchean una película de John Ford con John Wayne “porque el ejército de EE UU siempre mata muchos indios”, que le dicen imbécil a Jerry Lewis. Esa gente cómo le va a coger la onda a los vampiros, no falta por allí uno que insulte al hombrecito del cine club por estar exhibiendo cosas de estas cuando los estudiantes luchan en las calles, gente que únicamente sueña de noche y que siempre

duerme bien y al otro día se despiertan y pueden hablar de amor, de papitas, de viajes, de política y cuando llegue la noche se ponen a soñar de lo mismo que han hablado durante todo el día. Pues bien, el hombrecito de nuestra historia comenzó a perder grandes cantidades de dinero, porque ya al final no iban más que diez personas a sus películas de vampiros, nueve, ocho, siete, seis, cinco, los últimos cuatro sí empezaron a conversar, a contarse recuerdos, pasó el tiempo y uno de ellos se mudó de ciudad, otro amaneció un día muerto, uno se graduó de arquitectura y nunca nadie más lo volvió a ver por estas tierras.

El hecho es que el sábado 25 de septiembre de 1971, el hombrecito encontró, al ir a introducir el último film del ciclo, que no había más que un espectador en la sala, allá detrás, en un rincón, mitad luz y mitad sombra.

El hombrecito iba a comenzar a hablar de la película que amaba tanto, pero el Conde se paró de su butaca y le sonrió, y el hombrecito tuvo que bajar los ojos.

||

Un empleado público se monta a las dos del día en su bus de todos los días, paga, registra, y para su satisfacción queda un puesto por allá, se dirige al asiento vacío sin ver a nadie

conocido, pero para qué conocidos a esta hora y con este calor, así que el empleado público en lo único que piensa es en el almuerzo que su mamá le tiene cuando llegue a casa, en la siestecita de cinco minutos, en el sueñito que sueñe, y por pensar en eso ni se ha dado cuenta que este bus en el que se ha montado no para cada cuatro cuadras ni para en ninguna parte, y cuando cae en la cuenta el hombrecito lo que hace es apretar las manos que le sudan pero nada más, o tal vez voltear a mirar a los pasajeros, todos hombres, una mujer en la última banca vestida de negro, todos de piel oscura y por qué será que todos están así de flacos y por qué a todos se les ve el hambre en la cara, por qué, sobre todo el chofer cuando voltea la cara y lo mira a él. Y da la señal. Entonces el bus para y todos se le van encima, y cuando al hombrecito le arrancan el primer pedazo de mejilla piensa en lo que dirán sus compañeros de oficina cuando salga mañana en el periódico.

Pero mañana no va a salir nada en el periódico.

|||

Un hombrecito va por allí caminando fresco, cargando un libro de míster Edgar Allan Poe que pesa cinco kilos. De pronto un gordo lo ve pasar y se le acerca y le pregunta:

—Dígame, ¿no le molesta andar con ese libro tan pesado parriba y pabajo?

El hombrecito, que es muy bondadoso y un poco ingenuo, no se da cuenta que el gordo se quiere burlar de él, y por eso piensa antes de contestar, para darle la respuesta exacta; y ella es:

—Lo que pasa es que desde hace un tiempo para acá me di cuenta que yo vivo mi vida montado en un globo, y el libro de Edgar me sirve de lastre. Lastre para no elevarme tanto, para no ir a parar a una región desconocida, habitada por gente que a lo mejor no me gusta, que no conozco. Además la persona que más supo de globos en el mundo fue mi amigo Edgar.

Y el gordo al oír eso se le ríe en la cara. Y el hombrecito comprende ahora y se pone muy triste. Y la tristeza le dura cinco días. Hasta que se encuentra en una película una actriz americana de la que se puede enamorar fácil, y la tristeza se le pasa.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Vacío y otros cuentos fue editado por el Instituto Distrital de las Artes (Idartes) para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento sesenta y uno, y se imprimió en el mes de abril del año 2022 en Bogotá.

Agradecemos a Editorial Planeta, por sus gestiones, y a las herederas de Andrés Caicedo, por su generosidad, que hicieron posible este libro.



ANDRÉS CAICEDO

Andrés Caicedo Estela nació en Cali el 29 de septiembre de 1951 y, desde muy joven, ejerció una enorme influencia en distintos ámbitos de la cultura: escribió, adaptó y dirigió obras de teatro; fundó el Cine-Club de Cali (junto con Luis Ospina y Carlos Mayolo, entre otros) y la revista *Ojo al Cine*; escribió guiones para cine y numerosas reseñas de películas; sin embargo, quizás su mayor legado fue literario: escribió *¡Que viva la música!* —su única novela— y al menos una veintena de cuentos, que no se han dejado de editar y traducir hasta el día de hoy. Murió a los 25 años en Cali —el 4 de marzo de 1977—, luego de ingerir una gran cantidad de pastillas de Seconal.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

- | | | | |
|-----------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 37 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> |
| 22 | LA VENTANA ABIERTA
Y OTROS CUENTOS
SORPRENDENTES
<i>Saki</i> | 38 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitlor, Guillermo Cabrera Infante</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 41 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia</i> |
| 32 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós</i> |
| 34 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS
TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | | |

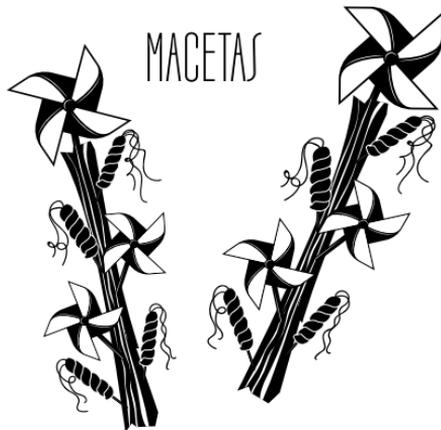
- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS
INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 61** CANTOS POPULARES DE MI
TIERRA
Candelario Obeso
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 75** ANACONDA Y OTROS
CUENTOS
Horacio Quiroga
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguénev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS
ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON ALPACAS
ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA
DE CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES
Y VELAS. TEXTOS
PORTUGUESES SOBRE EL
MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y
BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE
MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez
- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores

- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 80 de nuestros títulos.





Vacío y otros cuentos fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento sesenta y uno, y se imprimió en el mes de marzo del año 2022 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

161

“Vacía toda la Avenida Estación pero yo cerré bien los puños dentro de los bolsillos y caminé por la mitad de la calle, echando ojo a cada sombra, a cada casa, a cada raya. Cuando paso por aquí de día y todo eso, siempre pienso en Angelita”.



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

